

DON  
ALVARO  
DE  
LADREX

DRPS  
FA  
699



UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500769749





DON  
ALVARO  
DE  
SILVEIRA



Ex Libris



Russell Perry Sebold III



FL DRPS FA/0699

0500769749

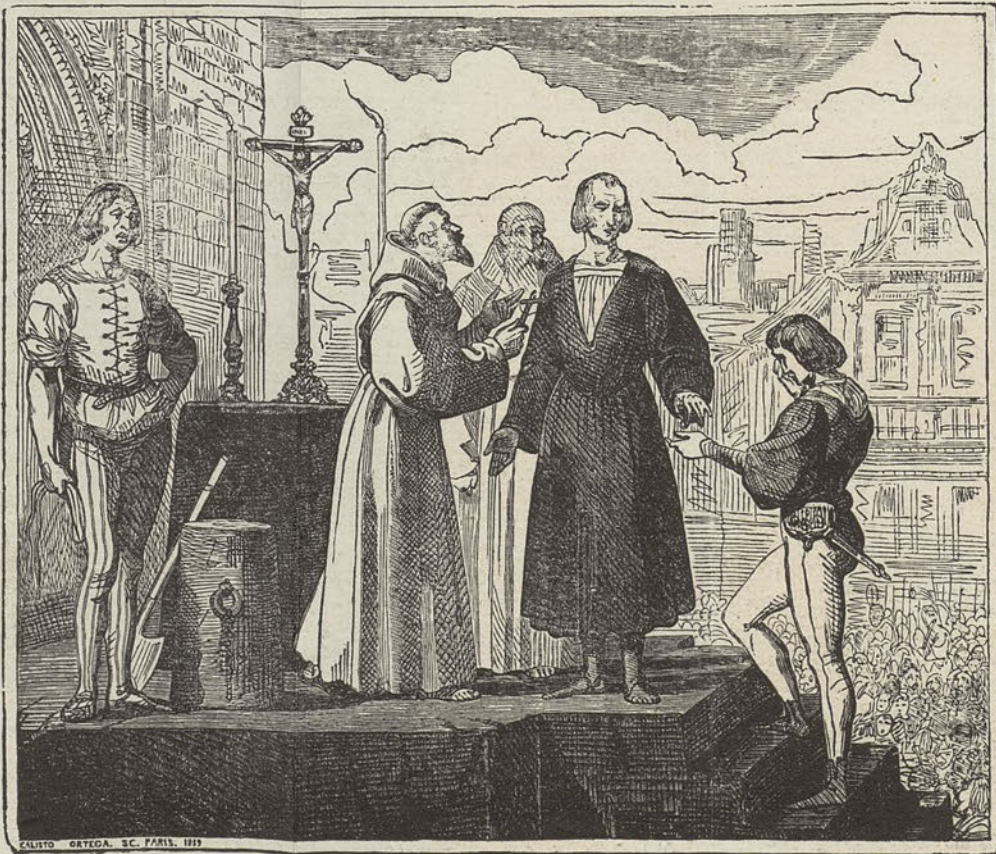


PLATE 100

1875

D.





# D. ALVARO DE LUNA,

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

POR

Don Antonio Gil de Zárate.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.



## PERSONAS.

EL REY DON JUAN II.

DON ÁLVARO DE LUNA, *condestable de Castilla.*

DON JUAN PACHECO, *marques de Villena.*

DON ÁLVARO DE STÚÑIGA, *hijo del conde de Plasencia.*

ALONSO PEREZ DE VIVERO, *contador mayor.*

ELVIRA, *hija del condestable.*

EL MARQUES DE SANTILLANA.

EL CONDE DE PLASENCIA.

EL CONDE DE CASTRO.

JUAN DE MENA.

FERNANDO MORALES, *page del condestable.*

RIVADENEIRA, *doncel del condestable.*

UN ESCUDERO VIEJO.

EL VERDUGO.

CABALLEROS, ESCUDEROS PAGES, CRIADOS, SOLDADOS, BALLESTEROS, ALCALDES, ALGUACILES, DOS FRAILES.

La accion pasa los dos primeros actos en Escalona, el tercero y cuarto en Burgos; el quinto en Valladolid. Año de 1453.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa un jardin.

### ESCENA PRIMERA.

PACHECO. VIVERO.

PACHECO. ¿Quedamos solos, Vivero?  
VIVERO. Solos quedamos, señor.  
PACHECO. Pues venid; que con sigilo tenemos que hablar los dos.  
VIVERO. Mirad, don Juan lo que haceis; ni el sitio, ni la ocasion....  
PACHECO. Las auras de este jardin se llevarán nuestra voz: demas, que hoy entretenidos con tan soberbia funcion, todos á ver sus aprestos acuden.... Si tambien vos....  
VIVERO. Quien de don Juan el segundo en la corte se crió, tiene á justas y saraos saciada ya la aficion. ¡Famoso reinado ha sido! Turbulento, vive Dios; pero tampoco en las justas ninguno como él brilló.  
PACHECO. Por eso es hoy de un rico-hombre estraña la condicion. Noble, galan, cortesano, á par que batallador, así pulsa harpa sonora, como vibra su lanzon, y así le agrada el estrado, como el combate feroz.



Quizá en medio de una fiesta,  
bajo risueño esterior,  
de algun oculto volcan  
amenaza la esplosion;  
y donde solo se ven  
juegos de cañas y amor,  
suele proyectos mas serios  
abrigar el corazon.

VIVERO. Entiendo.... Tal vez ahora  
se trama aqui....

PACHECO. Perez, no.  
VIVERO. Este misterio....

PACHECO. No indica  
de alguna trama el temor:  
mas tener con vos me importa  
secreta conversacion.

VIVERO. Hablad, pues.

PACHECO. ¿Me conocéis,  
Vivero?

VIVERO. Estraña cuestion.  
No ignoro, don Juan Pacheco,  
vuestra nobleza y valor:  
sé que ha poco el marquesado  
de Villena el rey os dió;  
y ademas que os honra el príncipe  
con su envidiable favor.

PACHECO. Pues si eso sabeis, Vivero,  
bien puede vuestra razon  
lo que habré de ser un dia  
inferir de lo que soy;  
y si un ejemplo quereis  
de mi futuro esplendor,  
en don Alvaro de Luna  
podeis mirarlo; que si hoy  
él es en Castilla tanto,  
no habré de ser menos yo.  
Guiados por una estrella  
dos soles somos los dos;  
mas él es sol que se pone,  
y yo soy naciente sol.

VIVERO. Si habeis juzgado oportuno

recordarme lo que sois,  
os debo tambien hacer  
igual recuerdo en rigor.  
Alonso Perez me llamo:  
no es antiguo mi blason,  
no me precio de linaje;  
mas al que humilde nació,  
lo que en cuarteles le falta  
tal vez le sobra en valor.  
Mis servicios son mis timbres;  
y no han sido escasos, no,  
si de ellos es permitido  
juzgar por el galardón.  
De Jerquera y de Vivero  
y de Alcalá soy señor:  
en el consejo del rey  
alzo el segundo la voz,  
y ministro de su alteza  
soy su contador mayor.  
El que de humildes principios  
á esta altura se elevó....

PACHECO.

Suele caer mas aprisa  
si le falta el valedor.  
A la sombra del de Luna  
Castilla medrar os vió;  
mas si esa luna se eclipsa,  
decid, ¿qué será de vos?

VIVERO.

No soy tan nuevo en las cortes  
que viva sin prevision  
á merced de las mudanzas  
que en ellas labra el favor.  
Afecto al de Luna fuí,  
mi lealtad le sirvió;  
mas no he de ser cual la yedra,  
asida con tal tesón  
al arbol que la proteje,  
que el hacha del leñador  
para derribar el tronco  
los corta á un tiempo á los dos.  
Nuevo apoyo, si ese falta,  
sabré buscar en sazón;



- que cuando otros se despeñan,  
despeñarme fuera error.
- PACHECO. Prudente sois, buen Vivero.  
VIVERO. Quien los palacios pisó,  
¿no debe serlo?
- PACHECO. Pues bien,  
hablémonos sin ficción.  
Vos no os podeis sostener  
sin un brazo protector,  
y si vos no me servís,  
vanos mis designios son.  
Esto supuesto, Vivero,  
ved lo que os está mejor:  
ó caer con el de Luna,  
ó alcanzar mi proteccion.
- VIVERO. ¡Con el de Luna caer!  
¡Eso me lo decis hoy!
- PACHECO. El astro del condestable  
ha dias que se eclipsó.  
Esta pompa que aqui veis,  
este soberbio esplendor  
que al de los reyes iguala,  
la asombrosa reunion  
de damas y cortesanos  
que acuden hoy á su voz  
adorando al que en Castilla  
resplandece como el sol;  
esas magníficas justas  
do de las trompas al son  
salen á probar sus lanzas  
guerreros de alto valor;  
el rey mismo que bajando  
del noble solio español,  
viene á honrar con su presencia  
de un vasallo la mansion;  
todo no es mas que la sombra  
de un poder que ya pasó,  
y de una luz que se apaga  
el último resplandor.
- VIVERO. ¡Cómo!... Explicaos.  
PACHECO. Del rey

- yo leo en el corazon.  
Privanza de tantos años  
le cansa; el yugo opresor  
siente al fin, y solo anhela  
de romperlo la ocasion.  
Do quier halla al condestable  
que le cela en rededor,  
y en sus miradas altivas  
le tiene como en prision.  
Desvanecido el encanto  
que un tiempo le subyugó,  
ya no mira á su valido  
jóven, galan, seductor,  
sino cual áspero anciano  
de orgullosa condicion.  
No es el verle su alimento,  
no enferma si se ausentó:  
si antes buscábale ansioso,  
hora huye de él con temor;  
y no penseis que á su pecho  
vuelva la antigua aficion;  
que de amar dejan los reyes,  
pero eterno es su rencor.
- VIVERO. Y sin duda, aprovechando  
tan bella disposicion,  
¿quereis hacer de un rival  
la caida mas veloz?
- PACHECO. Recoger su herencia intento,  
mas no ser su destructor;  
que cuando baje al sepulcro,  
sin esfuerzos el timon  
podré empuñar del estado,  
y ser del reino señor.  
Hora ambiciones sin cuento  
contrastáran mi ambicion;  
y de tanto noble altivo  
á tal distancia no estoy,  
que no presuman los necios  
ver en mí lo que ellos son.  
Riquezas tiene el maestre  
y empleos de tal valor,



que me estará bien por cierto  
su opulenta sucesion;  
y si logro al de Villena  
unir de Luna el blason,  
¿quién se atreverá en Castilla  
á ser mi competidor?

VIVERO.  
PACHECO.

Vos, Perez, podeis servirme.  
Mandadme, que vuestro soy.  
Pues bien, es fuerza que astuto  
penetreis....

VIVERO.

Callad, por Dios;  
que viene Elvira.

PACHECO.

¿La hija  
del maestro?

VIVERO.

Vamos.

PACHECO.

No;  
que huélgome de tener  
de hablarle aquí la ocasion.

## ESCENA II.

DICHOS. ELVIRA.

*(Sale Elvira pensativa llevando en la mano una  
banda.)*

ELVIRA.

Banda de rojo color  
de oro precioso bordada,  
á premiar hoy destinada  
la destreza y el valor,  
¿cuál será el pecho que ufano  
te conquistó en el torneo,  
y con tan noble trofeo  
trémula adorne mi mano?  
¡Ah! si te logra adquirir  
aquel que por mí suspira,  
aquel por quien solo Elvira  
el suyo siente latir!  
Sí, tú vencerás, mi bien,  
tuyo este premio será;  
pues si tu amante lo da,

¿quién te lo disputa, quién?  
Infunde, virgen Maria,  
aliento á su corazon,  
cuando en ardiente bridon  
combata á la vista mia:  
que á cada encuentro un laurel  
mire en su frente brotar,  
y en tus aras consagrar  
prometo rico joyel.

Venga á recibir de mí  
la banda entonces mas bella;  
y si el alma no va en ella,  
es porque ya se la di.

*(Se sienta en un banco.)*

VIVERO.

Pensativa está, señor.

PACHECO.

No nos ha visto, Vivero.

VIVERO.

Y por las señas infiero  
que es pensamiento de amor.

PACHECO.

Pedidle, Vivero, á Dios  
que de esa suerte no sea.

VIVERO.

¡Dichoso quien la posea!

PACHECO.

O desdichados los dos.

VIVERO.

¿Teneisla amor por ventura?

PACHECO.

Por quien es, más que por bella.  
Dejadme solo con ella. *(Vase Vivero.)*

## ESCENA III.

PACHECO. ELVIRA.

PACHECO.

Guarde Dios vuestra hermosura.

ELVIRA.

¿Aquí vos, el de Villena?

PACHECO.

Perdonad mi atrevimiento  
si turbo ese pensamiento,  
señora, que os enagena.

ELVIRA.

Distraida en el jardin,  
contemplaba estos primores:

PACHECO.

¡son tan galanas sus flores!  
Bello es el blanco jazmin  
que los aires embalsama,  
bello el pintado clavel,



- y mucho mas bello que él  
la rosa en su verde cama.  
Yo al verlas embebecido  
á gozarlas me quedé;  
mas nueva flor encontré  
y á todas por ella olvido.
- ELVIRA. ¿Tan preciosa es esa flor?  
PACHECO. Pintarla es difícil cosa;  
que por demas es hermosa.  
ELVIRA. Mas verla justo será.  
PACHECO. Si en aquella fuente os veis,  
en su cristal la hallareis.
- ELVIRA. ¿Luego soy yo?  
PACHECO. Claro está.  
ELVIRA. Cortesano estais, marques:  
la lisonja os agradezco.  
PACHECO. Serviros, señora, ofrezco  
si á la justa vais despues.  
ELVIRA. Iré; y esta banda os dice  
que de ella faltar no puedo:  
es el premio que concedo  
al vencedor.
- PACHECO. ¡ Ah ! ; Felice  
el que alcanzarlo consiga  
ELVIRA. Escaso premio es por cierto:  
ni vos lo anhelais, advierto.  
PACHECO. ¡ No lo anhelo ! ; Que eso diga  
vuestra hermosura de mí !  
ELVIRA. Vestido de gala os veo;  
y jamas en un torneo  
tales armas conocí.  
PACHECO. Toquen luego á combatir:  
que no tengo tan distante  
mi armadura, que al instante  
no la pueda requerir;  
y la cota que probó  
su buen temple en cien batallas,  
que rompa el justar sus mallas  
no teme por cierto, no.  
ELVIRA. Ocasion vuestro valor  
de acreditarse tendrá,

- que á honrar la justa vendrá  
de los guerreros la flor.
- PACHECO. A todos vencer prometo  
si una esperanza me dais.
- ELVIRA. Mucho, marques, blasonais:  
nunca fue vano el discreto.
- PACHECO. Perdonadme esta jactancia;  
que quien os llegara á ver,  
entre anhelar y poder  
no conoce la distancia.  
A ver y no á combatir  
vine, señora, al torneo,  
que á mis lauros tal trofeo  
no he menester añadir;  
y cuando solo pensé  
que aqui se alcanzaba gloria,  
una mezquina victoria  
á quien le falte dejé.  
Mas hora que al vencedor  
tan grato premio se ofrece,  
lo que el valor no apetece  
lo anhela ansioso el amor.  
De vuestras miradas centro  
prometedme que seré,  
y os juro que venceré  
en uno y en otro encuentro;  
pues con tan dulce esperanza,  
al son de guerrera trompa  
no habrá peto que no rompa  
con rudo golpe mi lanza.
- ELVIRA. Digno sois de galardón;  
mas que valgo poco entiendo,  
y á lanzadas no pretendo  
se gane mi corazón.
- PACHECO. Pues bien, á ganarlo aspiro  
hoy rendido á vuestros pies.  
(Se arrodilla.)
- ELVIRA. ¿ Qué haceis ?.... Alzaos, marques,  
alzaos, ó me retiro.  
¿ Gente viene !.... ; Santo Dios !  
; Destúñiga !



## ESCENA IV.

DICHOS. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA.

Perdonad

si interrumpo.... Continúad,  
que estais bien así los dos.  
ELVIRA. Poned sello á vuestra lengua:  
ved que mi honor es sagrado,  
é imprudencias de un osado  
no pueden causarle mengua;  
que si el marques loco ó necio  
me ofende con su pasion,  
su atrevida pretension  
castigo con el desprecio. (*Vase.*)

## ESCENA V.

DESTÚÑIGA. PACHECO.

PACHECO.

¡Pesia mi suerte enemiga!  
¿A qué venis vos aquí?

DESTÚÑIGA.

¿Me lo preguntais á mí?

PACHECO.

¿A quién quereis que lo diga?

DESTÚÑIGA.

A tal pregunta, marques,  
solo responde mi espada.

PACHECO.

¿Qué hace, pues, ahí colgada?

DESTÚÑIGA.

Os encontrais sin arnés,  
y con armas desiguales  
no acostumbro yo á lidiar.

PACHECO.

Que tome os ha de pesar  
las mias, pues son fatales.

DESTÚÑIGA.

Si en armas sois tan dichoso  
como lo sois en amores,  
poco temo esos furores.

PACHECO.

¡Miserable!

DESTÚÑIGA.

¡Jactancioso!

PACHECO.

Guerreros supe vencer  
que oscurecen vuestra fama;  
y á mis pies he visto dama

DESTÚÑIGA.

de mas pró que esa muger.  
Vive Dios, que en mi presencia  
de Elvira habeis de hablar bien.

PACHECO.

No sufro yo su desden.

DESTÚÑIGA.

Ni yo tamaña insolencia.

PACHECO.

Y á vos, ¿quién os autoriza  
para defenderla así?

¿Sois su caballero aquí?

¿Entrais por ella en la liza?

DESTÚÑIGA.

Soy quien no consiente en vano  
se atreva nadie á ofenderla;  
que á mí para defenderla  
me basta ser castellano.

PACHECO.

Otra razon entreveo  
que ha de poder mas en vos.

DESTÚÑIGA.

¿Cuál?

PACHECO.

Me engaño, ó vive Dios,  
tenéisla amor, segun creo.

DESTÚÑIGA.

¿Yo?

PACHECO.

Sí, vos, sin duda alguna;  
y á fé que es rara ocurrencia  
unir con el de Plasencia  
á su enemigo el de Luna.

DESTÚÑIGA.

Ya me falta el sufrimiento:  
salid al campo conmigo.

PACHECO.

Perdonadme si no os sigo;  
mudé ya de pensamiento.  
Yo os complaciera, á fé mia,  
con vos saliendo á lidiar;  
mas si os llegara á matar  
corta venganza seria.

Puesto que Elvira os prendó,  
renunciad su mano bella;

pues quien casará con ella  
no sereis vos, sino yo.

DESTÚÑIGA.

¡Vos! vos! oh rabia!

PACHECO.

Servir

mi pasion primero es justo;  
y despues, si es vuestro gusto,  
tiempo habrá para reñir.

DESTÚÑIGA.

Primero que lo logreis



PACHECO. os he de arrancar el alma.  
Tened, Destúñiga, calma:  
¿que viene gente no veis?

## ESCENA VI.

DICHOS. EL REY. DON ALVARO. EL CONDE DE PLASENCIA. EL  
CONDE DE CASTRO. EL MARQUES DE SANTILLANA. JUAN  
DE MENA. VIVERO. CABALLEROS.

REY. Vistosa la plaza está.  
SANTILLANA. Bella funcion á fé mia.  
MENA. Escalona en este dia  
fama eterna dejará.  
ALVARO. ¿Qué es ver en altos balcones  
colgados de rica grana,  
tanta beldad que se afana  
por robar los corazones!  
¿Qué es ver el grato arrebol  
de sus purpúreos colores,  
y sus ojos brilladores  
que compiten con el sol!  
¿Y aquellas preciosas galas  
do seda y oro se ostentan,  
cuyos matices afrentan  
del régio pavon las alas!  
Y ¿qué es ver tanto galan,  
tanto noble justador,  
que por gloria ó por amor  
la lucha esperando estan!  
Cual recorriendo la arena  
con arrogante altivez,  
quiere vencer la esquivez  
de la hermosa por quien pena;  
cual cantando con primor  
trova que inspirado inventa,  
primero lucir intenta  
su ingenio que su valor.  
Unos armados estan  
de fuerte y brillante arnés,  
con su empresa en el pavés

y con fierro de Milan;  
otros de gala vestidos  
las damas quedan sirviendo,  
á Marte fiero escondiendo  
bajo formas de cupidos.  
¿Y tanto alazan brioso  
de erguido, en arcado cuello,  
por ardiente, noble y bello  
gloria del Betis undoso;  
ya luciendo en el paseo  
su paramento esplendente,  
ya retozando impaciente  
en bullicioso escarceo!  
Por Santiago, que al mirar  
ese marcial aparato,  
yo tambien en mi arrebató  
las armas he de jugar;  
que si su antigua pujanza  
la edad á mi brazo veda,  
aun la bastante me queda  
para romper una lanza.  
¿Bella pintura! Muy bien.  
REY. Maestre, el buen justador,  
MENA. ¿quereisme de trovador  
quitar-me el lanro tambien?  
ALVARO. Donde se halla Juan de Mena  
¿quién de poeta blasona?  
Cuando él sus trovas entona  
¿cuál otra ya dulce suena?  
MENA. Mas de una vez os prestó  
Apolo su dulce lira.  
SANTILLANA. Y el ardor que Marte inspira  
á par en vos se admiró.  
ALVARO. Alabanza cortesana;  
mas ser poeta y soldado  
á un tiempo, solo le es dado  
al marques de Santillana.  
SANTILLANA. No ha sido lisonja en mí  
el proclamaros valiente,  
que en las lides frente á frente  
vuestro arrojo conocé.



- ALVARO. Bien me acuerdo, que en verdad no fuísteis siempre mi amigo.
- PACHECO. Olmedo fue buen testigo.
- REY. Ese suceso olvidad ;  
y por Dios, no recordemos nuestras discordias fatales, origen de tantos males.
- ALVARO. Teneis razon: disfrutemos, caballeros, sin rencor de las fiestas de este dia : que sea todo alegria, puesto que el rey mi señor las honra con su presencia ; y en fé de que os quiere bien nuevas mercedes tambien su alteza os hace. Plasencia , á vuestras villas podreis añadir la de Aravaca ; vos, Castro, de Caravaca hoy la encomienda tendreis ; vos, Mendoza, adelantado mayor sois ya de Castilla ; y asistente de Sevilla, vos, conde, quedais nombrado.
- REY. *(Con enfado.)* Paso, paso, condestable. que harto generoso andais. Cuando mercedes hagais será precaucion laudable en vos pedirme otra vez primero la venia á mí.
- ALVARO. Señor, perdonad.... creí que....
- REY. Basta, basta.
- CASTRO. *(A uno que está á su lado.)* Pardiez que le ha puesto colorado.
- ALVARO. *(Ap.)* ¿Qué es esto que escucho, cielos?
- REY. *(A Pacheco que ha estado hablando bajo con él.)* Yo le cortaré los vuelos.
- PACHECO. En breve su orgullo osado llegára el cetro á usurpar.
- REY. Ahora, caballeros, id

- y vuestros juegos seguid ; que aquí me es fuerza quedar con el maestre un momento.
- ALVARO. ¿Conmigo?
- REY. Ciertos asuntos tenemos que tratar juntos. *(A los caballeros que se retiran.)* Dios os guarde.
- VIVERO. *(Bajo á Pacheco.)* Macilento quedó con la reprimenda.
- CASTRO. *(Bajo á Plasencia con ironia.)* Os doy, conde, el parabien por esta merced.
- PLASENCIA. Tambien yo os lo doy por la encomienda.
- ESCENA VII.
- EL REY. DON ALVARO.
- ALV. Señor.... *(Se echa á los pies del rey.)*
- REY. ¿Qué es esto, condestable... Alzaos... ¿Vos á mis plantas?
- ALV. Sí... vuestro semblante me dice, airado, que enojaros pude.
- REY. No, don Alvaro, no.... Mas escuchadme.... Tiempo es ya de decir.... Mucho me cuesta.... Y no sé si tendré fuerza bastante.
- ALV. ¿Qué os detiene, señor?... ¿Pensais acaso en mí encontrar un corazon cobarde? ¡Ah! bien me conocéis : nunca la suerte vencer pudo este pecho inconcontrastable.
- REY. Una prueba de amor pediros quiero.
- ALV. Mi deber es por vos sacrificarme. Decid.
- REY. Viéndolo estais.... Por vos do quiera mis reinos tados en discordias arden ; y tras tanto afanar, un bien precioso, la paz, la dulce paz, es justo darles.
- ALV. ¿Y bien?...
- REY. En vano conseguirlo anheló,



maestre, en tanto que á mi lado os guarde.  
Salid, yo os lo suplico, de mi corte.

ALV. ¡Yo, señor!

REY. Es forzoso.

ALV. ;Desterrarme!

;A mí!

REY. No lo penseis.

ALV. ;Yo desterrado!

;Yo!—Bien, si lo mandais....

REY. No, condestable.

Escuchado lo habeis: os lo suplico.

ALV. Asi recompensar los reyes saben.

Este de mi lealtad, este es el premio.

REY. ¿Por ventura temeis que os arrebaté  
de mi antiguo favor los altos dones  
que tanto mereceis?... No: las ciudades,  
los títulos guardad que justo premio  
fueron de tal valor, tantos afanes;  
y nuevas gracias recibid ahora....

ALV. ¿Quién nada os pide aqui?... Mis dignidades,  
mis bienes, ¿qué me importan?... ¡Ah! tomadlos...  
Una sola merced quiero mas grande.

REY. ¿Cuál es?

ALV. La muerte.

REY. ;Cielos!

ALV. Sí, la muerte

el solo premio es ya que podeis darme.

REY. Maestre, qué decis?

ALV. ;Qué! ¿Tan mezquino  
mi corazon juzgais, que solo cabe  
en él codicia vil?... ;Me dais riquezas,  
títulos!... y la honra, ¿nada vale?

REY. ¿La perdereis por eso?

ALV. ;No la pierdo?

Decidlo vos.... Treinta años de combates

;por término tendrán con mengua mia

acerba humillacion, destierro infame!

;Ah!... ¿Qué dirá Castilla, España toda?

;Que fui tal vez traidor!... No, no, matadme.

En el puesto en que estoy, solo muriendo

me es posible cederlo á mis rivales.

REY. Entiendo, hombre ambicioso: vuestro orgullo  
es el que os dicta tan audaz lenguaje.

Anhelais el poder... ;Necio que ignora

que á quien lo pudo dar quitarlo es facil!

ALV. ¿Quién lo niega, señor?... ;No os sacrificio  
cuanto puedo perder? ;No os doy mi sangre?

Solo guardo el honor: si esto es orgullo,

la culpa es vuestra que me hicisteis grande.

Puesto que al cielo sublimarme os plugo,

no pretendais ahora rebajarme,

que los hombres cual yo, si á caer llegan,

desquician el estado al desplomarse.

Miradlo bien, señor: no es al de Luna,

no es un triste mortal á quien se abate:

es Castilla, sois vos, que en estos hombres

sustentándose estan treinta años hace.

Yo soy el que animoso en Talavera

libraros supe del rebelde infante;

yo soy quien desde un triste cautiverio

en el trono os senté de vuestros padres;

yo quien luchando con osados nobles

en él os defendí firme y constante,

y humillé al Aragon, y las banderas

á vuestros pies rendí del fiero alarbe.

Mi vida entera la lealtad la abona.

Y ¿qué en cotejo de servicios tales

pueden hoy presentar esos que intentan

del lado vuestro con baldon lanzarme?

¿Quereis saber sus timbres? Tordesillas,

Olmedo, Montalvan por ellos hablen;

hablen tantos castillos asaltados

do hicieron todos criminal alarde

de insultar á su rey; hable el convenio

en que vuestro poder haciendo partes,

como á rico botin, se les vió ansiosos

cada cual á la suya abalanzarse.

¿Logran ellos vencer? Castilla os mira

indignada sufrir su yugo infame.

¿Consigno yo humillar su loco orgullo?

Con mas bello esplendor luego renace

vuestro escelso poder, y vuestros reinos



en vos adoran, mas que un rey, un padre.

El escudo soy yo de vuestro solio;

y con ánimo fuerte, incontrastable,

mientras ellos intentan destruirlo,

lo mantengo, señor, firme y radiante.

Estos mis hechos son, este mi crimen;

y si lo osais ahora castigadme.

REY. ¡Castigarte!.... ¡Cruel!.... ¿Puedes creerlo?

¿Eso dices de mí?... Pues qué, ¿no sabes

que tu vida es mi vida; que aunque quiera,

no le es dado á tu rey dejar de amarte?

¿cual si mal grado suyo á ser tu amigo

un mágico poder le arrebatare!

Tú de mi infancia compañero fuiste;

y entre pueriles juegos, dulce, afable,

la prision alegrabas en que injusta

siempre me tuvo recelosa madre.

A todas horas desde entonces fuera

necesidad en mí verte y hablarte,

escuchar tus consejos y seguirlos,

mis contentos decirte ó mis pesares;

y hora el pedirte que de mí te alejes

siento mi corazón despedazarse.

ALV. No mas, no mas, señor.... Vuestro vasallo

os obedece ya.... ¿Queréis me marche?

Pues bien, me marcharé.... Nada me importa

que el puro brillo de mis timbres aje

este cruel destierro.... Es vuestro gusto,

cúmplase luego... Adios.... Pocos instantes

durará mi pesar.... Si no sucumbo

al rigor de este golpe que me abate,

sé que bien pronto mas fatal sentencia....

REY. ¡Ah! ¿qué dices?

ALV. Pues qué, ¿creéis se sacie

el insano rencor de mis contrarios

mientras respire quien temblar los hace?

¿Qué mal los conocéis! Mi muerte solo,

mi muerte anhelan.

REY. Eso no.... Constante

te sabré defender.

ALV. ¿Podeis acaso

responder de vos mismo?

REY. ¿Tan mudable

me presumes?... Pues bien, hoy una prenda

de tu seguridad pretendo darte.

Toma este anillo, guárdalo.... Si un dia,

(que no es posible) á decretar llegase

tu muerte, entonces... te lo juro, empeño

mi palabra de rey.... al presentarme

esta alhaja preciosa, reclamando

la fé de quien la dió, juro salvarte.

ALV. ¡Ah!.... la acepto, señor.... no porque intente

valerme de ella en tan terrible trance;

pues os juro á mi vez que tal empleo

yo jamas le daré: prenda estimable

de vuestro amor, la guardo, mas preciosa

que riquezas y que altas dignidades.

REY. Basta.... Acabemos ya.... Pues mis intentos

os hice conocer, ved, condestable,

lo que os está mejor.... A vuestro arbitrio

dejo ya la eleccion.... Si estar os place

en mi corte, quedaos; si el consejo

de un amigo seguís, marchaos antes

que algun triste suceso.... En fin, pensadlo,

pensadlo bien.... Adios.

ALV. El cielo os guarde.

(Vase el rey.)

## ESCENA VIII.

DON ALVARO: luego PACHECO.

ALVARO. ¿Qué es esto, pues, que me pasa?

Cual frio mármol me quedo.

¿Es á mí, cielos, á mí

á quien habla tan severo

el rey?... Acabo de oirlo,

y aun dudo que sea cierto.

En la cumbre del poder

descansaba sin recelo,

cuando un abismo insondable

miro á mis plantas abierto.



En vano, débil monarca,  
fingir intentas un resto  
de amistad: mejor que tú  
en tu alma mezquina leo  
el odio que oculto abrigas  
acaso sin tú saberlo.

No pienses, no, que en tí fio;  
que al débil su propio miedo  
le hace crüel, y llorando  
traspasa á su amigo el pecho.

Mas nada temo... En mis manos  
tu corazon siempre tengo,  
y en ellas es para mí  
lo que á un niño sus muñecos.

¿Presumes de mí librarte?

¡pensamiento loco y necio!

Rey don Juan, eres mi esclavo:

tan antiguo cautiverio

no se quebranta en un día;

y el que ha nacido á ser siervo,

por mucho que lo resista,

tiembla siempre ante su dueño.

¡No te atreviste, alma débil,

á decretar mi destierro!....

Pues dejas á mi eleccion

partir ó quedarme, el tiempo

sabré emplear de tal suerte

que tiembles ya verme lejos.

(Sale Pacheco.)

Mas Pacheco....

PACHECO.

Condestable,

concededme unos momentos.

ALVARO.

¿Importa me habéis ahora?

PACHECO.

Importa.

ALVARO.

Pues decid presto.

PACHECO.

Poco tardaré, que hablar  
con toda franqueza os quiero;  
y porque bien me entendais,  
me escusaré de rodeos.

ALVARO.

¿Y bien?

PACHECO.

Tal vez lo sabeis,

mas si lo ignorais, sabedlo;  
que es el marques de Villena....

ALVARO.

Mi enemigo, estoy en ello.

PACHECO.

Ahorrado habéisme el decirlo.

ALVARO.

Tampoco es grande el afecto

que me inspirais.... Pero en suma,

¿á qué viene ese recuerdo?

PACHECO.

No ha sido, segun las señas,

muy de vuestro gusto, creo,

la entrevista con el rey.

¿De qué lo inferís?

De lejos

pude observaros.

ALVARO.

Marques,

habeis estado indiscreto.

PACHECO.

En fin, maestro, ¿acabose

de hoy mas vuestro valimiento?

ALVARO.

¿Quién os lo ha dicho, don Juan?

PACHECO.

Lo dicen los ojos vuestros.

ALVARO.

¿Cómo?

PACHECO.

Si; ya no se advierte

la antigua arrogancia en ellos:

turbados estan ahora

si antes miraban soberbios.

ALVARO.

Repórtese el de Villena,

que ya insolente le encuentro.

PACHECO.

Perdonad....

ALVARO.

Cansado estais:

decid pronto y acabemos.

PACHECO.

Decidme primero vos.

Cuando siendo aún mancebo,

la fortuna y los honores

contemplábais desde lejos,

cuando el favor de los reyes

era un ardiente deseo

que mas os atormentaba

cuanto lo esperábais menos;

¿no os inflamaban la mente

á veces altos ensueños

que á las cumbres del poder

alzaban el pensamiento,



y una llama abrasadora  
encendian aqui dentro  
que haciendo en el alma estragos,  
odio engendraba y despecho?

ALVARO.

Si no me engaño, marques,  
el retrato estais haciendo  
de la ambicion.

PACHECO.

Pues entonces,  
si asi se llama, la tengo.

ALVARO.

Esa confesion....

PACHECO.

Es franca,  
el disimulo aborrezco.

Allá en los régios salones  
conviene tal vez un velo  
echar, para conseguirlos,  
sobre ambiciosos proyectos.

Mas cuando á encontrarse llegan  
dos hombres del temple nuestro,  
cuando cerca de embestirse  
frente á frente se estan viendo,

entonces dejando á un lado  
inútiles fingimientos,  
se muestran cual ellos son,  
grandes, fuertes, altaneros;  
y noblemente pelean

si aniquilarse es su intento,  
ó noblemente se abrazan  
si une el interés su esfuerzo.

ALVARO.

De noble sangre nacido,  
tuve nobles pensamientos;  
y pues Luna me llamé,  
astro de mudable aspecto,  
mudanzas quise en mi suerte,  
mas luna en creciente siendo.

Negar que de la ambicion  
oí gustoso los ecos,  
fuera negar lo que claro  
mis obras estan diciendo;  
y lo que en mí juzgué bien,  
en vos no lo vitnpero.

PACHECO.

Pero vos no habeis, maestre,

sentido lo que yo siento.  
Paso á paso habeis llegado  
á lo que sois, siendo espejo  
de vos mismo, pues que nadie  
os pudo servir de ejemplo.  
Pero yo cuando ambiciono  
subir, en presencia os tengo:  
vuestra imágen me persigue,  
me turba en todos mis sueños;  
contino vuestra grandeza  
con ansioso afan contemplo;  
y cuando en ser lo que soy  
pudiera estar satisfecho,  
os miro, y que hay mas allá  
conozco, y nada me creo.  
Es locura, bien lo sé;  
pero al fin estoy resuelto:  
ó á ser llego lo que sois,  
ó en la demanda perezo.

ALVARO.

Y por ventura, ¿sabeis  
lo que pedís?... ; Ah! temedlo.  
No os engañe la apariencia;  
que en este encumbrado puesto  
todo por de fuera es glorias,  
todo suplicios por dentro.  
Su esplendor que tanto ofusca  
es semejante al del fuego,  
bello á distancia, mas quema  
al que osa tocarlo necio.  
Aqui solo encontrareis  
inquietud, desasosiego,  
continuo afan que acompañan  
las dudas y los recelos.  
En cuantos tengais al lado  
contrarios estareis viendo,  
que entre miradas afables  
lanzan dardos encubiertos;  
y sobre vos vereis siempre,  
cual rayo ardiente suspenso,  
el brazo que os elevára  
pronto á arrojaros al suelo.



¿Qué vale el poder si es dable  
perderlo en solo un momento,  
ó no alcanza á desterrar  
este temor de perderlo?  
¿Sabeis vos el conservarlo  
cuánto cuesta? ¿qué tormentos?  
¡Horrible es el corazon  
del poderoso! Si verlo  
pudiera el vulgo, causara  
en vez de envidia, desprecio.

PACHECO.

Todo lo sé, condestable,  
corozco bien lo que quiero.  
Afanos causa el poder,  
hace infeliz, bien lo creo;  
mas todo una sola cosa  
lo recompensa, el tenerlo.  
Logre yo ser lo que sois,  
todo lo demas es menos.  
A vos os pueden quitar  
bienes, honores, es cierto;  
mas siempre de entre las ruinas  
del poder que estamos viendo,  
vuestra fama se alzará  
para asombro de los tiempos.  
Con tal de haber sido mucho,  
en ser nada yo consiento;  
y caiga luego al abismo  
si toco primero al cielo.

ALVARO.

Que sois digno de elevaros  
hasta mí, mostrais en eso;  
pero esplicaos al fin:  
¿cuáles son vuestros proyectos?

PACHECO.

Rivales los dos temibles,  
ó paz ó guerra os ofrezco.

ALVARO.

Elegid la que gustéis.

PACHECO.

Yo la paz.

ALVARO.

Y ¿he de creeros?

PACHECO.

El combatirnos seria  
el uno al otro perdernos,  
con nuestra ruina encumbrando  
á esos nobles altaneros.

Para abatirlos mas pronto,  
unamos nuestros esfuerzos:  
vos quedareis lo que sois,  
yo seré sucesor vuestro.  
¿Qué condiciones quereis?  
La primera (porque anhelo  
que se afiance esta alianza  
con lazo fuerte y eterno),  
es ser de la hermosa Elvira  
esposo.

¡Mi hija!

Yo creo

que mi sangre....

Por lo noble

la sangre de los Pachecos  
merece unirse á los reyes:  
me honrareis con ser mi yerno;  
y si es gustosa mi Elvira,  
tan bello partido acepto.

PACHECO.

Pero no basta: es preciso  
que asegurados quedemos;  
y pues existen contrarios  
que nos amenazan fieros,  
el destierro ó la prision  
hoy mismo nos libren de ellos.

ALVARO.

Conocidos son los míos;  
decidme, marques, los vuestros.

PACHECO.

¿Qué pensais del de Plasencia?

ALVARO.

Ese ha de ser el primero.

PACHECO.

¿Y Destúñiga su hijo?

ALVARO.

Jóven gallardo es por cierto;  
Y no le quisiera mal  
si otro padre....

PACHECO.

Le aborrecco,

y exijo....

ALVARO.

Yo os lo abandono.

PACHECO.

Está bien: vos el tercero  
decid.

ALVARO.

El conde de Castro.

PACHECO.

No lo merece por necio;  
que en hombres de mas valer



el tiro asestar debemos.  
Mas sea... Yo al almirante  
señalo.

ALVARO.  
PACHECO.

Es mi amigo.  
Bueno:

decid un amigo mio,  
y pagados quedaremos.

ALVARO.  
PACHECO.

El conde de Alba.  
A los otros  
acompañe, aunque lo siento.  
¿Quién mas?

ALVARO.

Luego lo diré;  
me es fuerza pensar en ello.

PACHECO.

Yo entretanto preparar  
del rey el ánimo quiero.

ALVARO.

Sí; marchad; que en este instante  
le infunde mi voz recelos,  
y si naciera de mí

PACHECO.

se malogrará el proyecto.  
Adios, condestable, adios.  
(*Se dan las manos.*)

ALVARO.

Adios, marques.  
¿Nos veremos

PACHECO.

despues de la justa?

ALVARO.

Sí;  
y sobre todo secreto.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa un magnífico salon con ventanas  
y puertas laterales. En el fondo hay tambien tres  
grandes puertas que, abriéndose, dejan ver el jardin.  
Mesa y sillas.

### ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, solo.

(*Sale muy agitado y luego se sienta.*)

Por fin, concluyóse ya  
tan enojosa funcion:  
¡fiestas cuando el corazon  
lleno de ponzoña está!  
¡Reir, fingir alegria,  
y aqui dentro padecer!  
No, nadie pudo creer  
lo que el semblante mentia.  
Do quier con malignos ojos  
yo los ví que me observaban,  
cual gentes que no ignoraban  
mis mal ocultos enojos;  
y entre el fúnebre brillar  
de la fingida sonrisa,  
con maliciosa pesquisa  
mis penas escudriñar.  
Parecido á ningun otro  
es este horrible tormento:  
de brasas era el asiento  
do estaba como en un potro.  
No puedo mas.... De esta pena  
descansemos un instante.—  
¡Cuán ufano y arrogante



estaba allí el de Villena!  
 ;Cómo triunfaba el malvado!  
 ;Y á Elvira le entregaré?—  
 No.... jamás consentiré....  
 ;Qué he de hacer, si lo he jurado!

ESCENA II.

DON ALVARO. ELVIRA.

ELVIRA. Héle allí.... ;Cuán abatido!  
 Padre....

ALVARO. Hija mia, ;tú aquí?

ELVIRA. Cuando retirar os vi  
 parecisteisme afligido.

ALVARO. Un poco.... sí.... Pero al verte  
 se ahuyentan todas mis penas:  
 tú solamente serenas

este rostro que la suerte,  
 sellando en él la arrogancia,  
 á estar mustio y agitado,  
 de negras sombras cercado,  
 condenó desde la infancia.  
 Do quiera inspirando susto  
 y amenazando sombrío,  
 solo contigo, angel mio,  
 depongo mi ceño adusto.

Tu sonreír inocente  
 hondo penetra en el alma,  
 y en ella vierte la calma  
 desarrugando mi frente.

ELVIRA. ;Dichosa yo, pues consigo  
 vuestras penas mitigar!

Mas ;qué funesto pesar?...

ALVARO. ;Ah! mi existencia maldigo.

ELVIRA. ;Vos, señor, á quien el cielo  
 de bienes sin fin colmó?

;Vos, á quien fortuna alzó  
 do mas no alcanza su vuelo?

Poder, honores, riqueza,  
 cuanto un mortal ambiciona

teneislo.

ALVARO.

Sí, la corona  
 solo falta á mi grandeza.  
 Mas mi poder soberano  
 que á quien le contempla asombra,  
 que á mis plantas por alfombra  
 pone el reino castellano,  
 ;sabes cuanto al corazon  
 cuesta de afán y tormento?

ELVIRA.

;Perdido es para el contento  
 cuanto alcanza la ambicion.  
 Dejadlo. ;A qué lo quereis  
 si vuestra desdicha labra?

ALVARO.

;Quieres que mi pecho te abra?  
 No lo puedo.

ELVIRA.

;No podeis!

ALVARO.

No, que á quien logra alcanzarlo.  
 cual sujeto á un maleficio,  
 es el tenerlo un suplicio,  
 y es un suplicio el dejarlo.

ELVIRA.

;Y si os lo quitan?

ALVARO.

;Qué dices?

;Sabes que ya lo procuran?  
 ;Sabes?... ;Ah! mal se figuran  
 que han de lograrlo.... ;Infelices!  
 Pronto mi venganza.... Elvira,  
 perdona, no estoy en mí,  
 perdona á tu padre, sí,  
 que hablando de esto delira.

ELVIRA.

;Qué oigo?... ;Algun traidor sin ley?

ALVARO.

Lo son cuantos me rodean.

ELVIRA.

;Y vuestra ruina desean?

ALVARO.

Sí.

ELVIRA.

Mas el favor del rey....

ALVARO.

Y ;qué es de un rey el favor?

Tan solo nube ligera,  
 llama leve y pasajera  
 que apaga el viento menor.

ELVIRA.

;Temeis perderlo?

ALVARO.

Hija mia,  
 ya lo he perdido.



ELVIRA.

¡Dios santo!

¿morireis?

ALVARO.

Calma tu espanto;  
mucho espero todavía.

ELVIRA.

¡Ah! sálvese vuestra vida  
y piérdase lo demás.

ALVARO.

Vida y poder salvarás  
si quieres.

ELVIRA.

¿Yo?

ALVARO.

Hija querida,  
tal vez á exigirte voy  
un sacrificio penoso.

ELVIRA.

Por vos ninguno es costoso:  
dispuesta á todos estoy.

ALVARO.

¿Conoces al de Villena?

ELVIRA.

¡Al de Villena, señor!

ALVARO.

¿Qué tienes?

ELVIRA.

No sé.... De horror  
siempre ese nombre me llena.  
Villena es vuestro enemigo.

ALVARO.

Lo sé.... y otro tiempo cara  
esa ambicion le costara;  
que entonces pronto castigo....

Mas hoy adversa fortuna  
lo dispone de otra suerte;  
y á quien no puedo dar muerte,  
es prudencia que me una.

ELVIRA.

¿Cómo!

ALVARO.

Galan, cortesano,  
de antiguo ilustre solar,  
á noble doncella honrar  
puede sin duda su mano.

ELVIRA.

Ya entiendo.... Tal vez la mia....

ALVARO.

Prometérsela debí.

ELVIRA.

¡Oh cielos! ¡triste de mí!

ALVARO.

¿Acaso repugnaria?...

ELVIRA.

¿No os he dicho que me espanta  
ese hombre?

ALVARO.

Mas en la corte  
su bizzarria, su porte,  
hoy á las damas encanta.

ELVIRA.

¿Me he de casar sin amor?

ALVARO.

En la muger bien nacida,  
si amor el pecho no anida,  
en cambio sobra el honor.

ELVIRA.

Bien, señor, me casaré;  
basta que os lo prometiera:  
cúmplase mi suerte fiera;  
mas despues....

ALVARO.

¿Qué?

ELVIRA.

Moriré.

ALVARO.

¡Tú morir! ¿Qué dices, necia?  
¿Asi mi pecho quebrantas?  
Mas ¿cómo al que anhelan tantas  
tu ceguedad le desprecia?

ELVIRA.

¿No dije que le daré  
mi mano? ¿Puedo hacer mas?

ALVARO.

Y ¿desdichada serás?

ELVIRA.

Eso, señor, ya lo sé.

ALVARO.

Y ¿piensas lo consintiera?  
Hija de mi corazon,  
no es tanta, no, mi ambicion  
que á tu dicha la prefiera.  
Mas ¿qué infundado temor!  
¿Tú infeliz!.... No lo serás.  
¿Cuán al contrario! Hallarás  
la ventura en derredor.

Gentil, de bella apostura,  
noble, discreto y cortés,  
no desmerece el marques  
de tu gala y hermosura;  
y aunque repugnancia leve  
tengas, al fin, que vencer,  
consolaráte el placer  
que tu pecho sentir debe  
honrando mi ancianidad.  
Tú salvarás mi cabeza,  
y de un padre la grandeza  
será tu felicidad.

ELVIRA.

¡Ah! no sabeis qué dolor  
me costará la obediencia.

ALVARO.

Estraño tu resistencia....



A no ser que ya otro amor...  
¿Callas?... Elvira, ¿es verdad?  
Señor....

ELVIRA.  
ALVARO.

Todo lo comprendo.  
¡Ah! ¡ya en cólera me enciendo!  
Mal haya tu liviandad.

ELVIRA.

No prosigais; que ofendido  
con tal sospecha me habeis:  
ni en mí mancha encontrareis,  
ni de quien soy yo me olvido;  
y aunque tuviere otro amor,  
sumisa al deber filial,  
será la obediencia igual,  
si el sacrificio es mayor.

ALVARO.

Hija mía, no lo dudo;  
perdona si te ofendi:  
sí, digno será de tí  
aquel que prendarte pudo.  
Y ¿quién sabe?... Su nobleza,  
su poder puede ser tal,  
que de un odioso rival  
logre abatir la altiveza.

ELVIRA.

Porque le aborrezco, Elvira,  
y aun mas que tú le detesto,  
y horror su enlace funesto  
como á tí misma me inspira.  
Digno, señor, de los dos  
es el que á mí ley se humilla:  
poderoso es en Castilla;  
pero....

ALVARO.

Nómbrale por Dios.

### ESCENA III.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO.

Señor....

ALVARO.

¿Qué necio importuno!  
¿Y bien! ¿Qué quereis?

VIVERO.

Que os diga  
dos palabras permitid.

ALVARO.

¿Importa?

VIVERO.

Importa. Me envia  
el de Villena.

ALVARO.

(Le lleva á un lado.)

VIVERO.

Hablad quedo.  
Su palabra está cumplida.

ALVARO.

¿Ha hablado á su alteza ya?

VIVERO.

En este instante.

ALVARO.

¿Y la lista?

VIVERO.

Entregósela.

ALVARO.

¿Y qué dice  
el rey? ¿consiente?

VIVERO.

Vacila.

ALVARO.

¿Cómo?

VIVERO.

Piensa que el asunto  
mas consejo necesita.  
Tal vez os lo pida á vos;  
y el de Villena os lo avisa  
para que....

ALVARO.

¿Le habló de mí?

VIVERO.

¿Dijo el pacto que nos liga?  
No, que á sus ojos conviene  
esté la trama escondida.

ALVARO.

Bien.... ¿Y el rey?

VIVERO.

Es de creer  
que en breve aqui se dirija.

En el jardín ha quedado....

(Mirando por una ventana.)  
Miradle allí.... Se encamina  
hácia este sitio.

ALVARO.

Dejadme,  
dejadme aqui solo.—Elvira,  
retírate tú tambien;  
que luego la interrumpida  
conversacion seguiremos.

ELVIRA.

¡Padre!

ALVARO.

¿Qué me quieres, hija?

ELVIRA.

¿Quedais enojado?

ALVARO.

No.

ELVIRA.

Vuestra mano.

ALVARO.

Prenda mia,



abrázame.

(*Se abrazan.*)

ELVIRA.

¡Padre amado!

ALVARO.

Ve, yo pensaré en tu dicha.

(*Vase Elvira.*)

El rey se acerca.... Vivero, hablarle aquí me precisa: cuidad de que no entre nadie á turbar nuestra entrevista.

(*Vase Vivero.*)

#### ESCENA IV.

EL REY. DON ALVARO.

(*Don Alvaro se sienta cerca de la mesa, en ademán pensativo y fingiendo que no ve entrar al rey, el cual llega distraído leyendo un papel.*)

ALV. ¡Qué pensativo está!.... Cual si imprevista fuera su entrada aquí disimulemos.

REY. Alba.... Plasencia.... Castro... el almirante.... Mucho pide el marques.... ¡Tantos destierros.... tantas prisiones!.... No; que hartas desgracias han afligido ya....

ALV. Su ánimo incierto parece vacilar.... Fácil sería....

REY. ¡El condestable aquí!.... De él ocultemos este papel.

ALV. Lo guarda.... Mi designio se logrará.

REY. ¡Maestre!

ALV. ¿Quién?... ¡Ob cielos! ¡Vos, señor!.... Perdonad.... Visto no había que os hallábais aquí.

REY. Triste os encuentro.

¿Por qué tan abatido?

ALV. Para estarlo, si vuestro amor perdí, motivos tengo.

REY. Lo de antes olvidad.... Siempre mas vivo, maestre, conservais mi antiguo afecto.

ALV. No lo dudo, señor... Sé que no es fácil romper los lazos que estrechára el tiempo; sé que un ardiente defensor me queda en vuestro corazón.... Mas los perversos que en daño mio sin cesar trabajan, conseguirán al fin su odioso intento.

REY. ¡Impotente rencor!

ALV.

No; que sus tramas no conocéis, señor: los viles medios, las artes ignorais de que en mi daño sabe hacer su maldad péfido empleo. Harto conocen que atacar no pueden de frente á su rival; que en vuestro seno tengo seguro, impenetrable asilo, do de su saña atroz me hallo á cubierto; mas el castillo que asaltar no logran, procuran socavar por los cimientos.

REY. ¡Dios! ¿qué quereis decir?

ALV.

Nada.... Mas vale entregarse á la suerte.

REY.

Algun secreto me intentais descubrir.

ALV.

Mal informado acaso yo estaré.

REY.

No, no: lo quiero, lo mando.... Hablad.

ALV.

Pues bien, aquí se abriga vasta conspiracion que en el silencio los lazos tiende do traidores tratan de envolver á los dos.

REY. (*Aparte.*)

¿Si será cierto? Esta lista.... (*Alto.*) Seguid.

ALV.

Quando al olvido dabais, señor, sus torpes desafueros; cuando aquí los recibo generoso con sincera amistad, entre festejos, ¡entonces su cobarde alevosia asesta el vil puñal contra mi pecho! ¡Ingratos!

REY.

Pero hablad.... ¿Qué trama oculta?...

ALV.

¿Pues no la conocéis?... Que, ¿no son ellos



los que pintando como infiel valido  
al que es tan solo de lealtad modelo,  
de alejarme de vos, con mengua mia,  
á dar llegaron el falaz consejo?  
¿No son ellos tambien?...

REY. Mas desde entonces  
ya nadie osára hablar en daño vuestro.

ALV. Es cierto; y hora su perfidia sigue  
camino mas seguro, aunque mas lento.

REY. Esplicaos, por Dios.

ALV. De sus rencores  
mis amigos, no yo, son el objeto.

REY. ¿Vuestros amigos?

ALV. Sí: con su desgracia  
mis mas seguros defensores pierdo;  
y este coloso que su amor sostiene,  
cuando solo se encuentre vendrá al suelo.

REY. ¿Mas qué pruebas teneis?...

ALV. ¡Ah! Desterrados  
en pocas horas se verán, ó presos.

REY. ¡Cielos! ¿Cómo sabeis?...

ALV. Hoy mismo deben  
proponeros, señor, tan vil proyecto.  
Todo está preparado.... Ya sus nombres  
inscriptos se hallan en horrible pliego;  
y como mas audaz, mas ambicioso,  
á presentarlo aqui vendrá Pacheco.

REY. ¡Pacheco!... Si, es verdad... Ya lo ha entregado.

ALV. ¿Es posible?

REY. Miradlo.... Aqui lo tengo.

ALV. ¡Ah! Con tal prueba declarad ahora  
si yo soy el traidor, ó lo son ellos.

REY. ¡Atroz perfidia!... Con razon no quise....  
Mas en los nombres que trazados leo  
no amigos todos son.... El de Plasencia,  
el de Alba y otros que contrarios fueron  
siempre á vuestro poder, ¿cómo se encuentran?...

ALV. Asi pretenden disfrazar su intento.  
En breve libres se verán los suyos:  
solo en mis partidarios todo el peso  
caerá de su furor.

REY. ¡Que el de Villena  
de tan bajos ardidés!....

ALV. Conocerlo  
debiérais ya señor. ¿No es él, acaso,  
quien al príncipe incauto corrompiendo,  
entre placeres y delicias torpes  
perdió su juventud? ¿Por sus consejos  
contra su padre y rey el estandarte  
tambien de rebelion no diera al viento?  
¿Quién concitando á turbulentos nobles,  
siembra discordias y la paz del reino  
aleja sino es él? ¿Quién ambicioso  
codicia con afan mi honroso puesto;  
y á medios viles, á sus artes, quiere,  
no á sus servicios, como yo, deberlo?  
El es tambien, él es.... ¡Necio! ¿Y presume  
mostrarse igual á mí? ¿Dó los trofeos  
están que al moro conquistó su espada?  
¿Qué hazañas hasta aqui nombre le dieron?  
O ¿cuándo, ya que en armas no es famoso,  
mostrára su prudencia en los consejos?  
Ponedle á prueba; y á sus torpes manos  
por breves dias confiad el cetro.  
La discordia vereis, aun no abatida,  
su horrible frente levantar de nuevo;  
vereis lanzarse, como hambrientos lobos,  
él y los suyos á los tristes pueblos,  
y su sangre beber; y escarnecida  
vuestra alta dignidad vereis á un tiempo.  
¿Qué mas? Del uso que el malvado hiciera  
de su infausto poder en ese pliego  
la prueba teneis ya.... Si asi empezaba,  
de lo que hiciera al fin estremeceos.

REY. Harto lo veo, sí.... Sus falsedades,  
sus palabras de sangre hora recuerdo.  
¡Ah! perverso, ¡qué horror!.... Pero, maestre,  
¿qué partido tomar?

ALV. No os aconsejo.  
Solo debo decir, por si os importa,  
que donde esté Villena estar no puedo.

REY. ¿Dejarme hora quereis?



ALV.

Será preciso.  
Si él queda en vuestra corte, yo me ausento.  
Con disturbios sin fin, si ambos en ella  
que estemos consentís, la turbaremos:  
él de mi ruina sin cesar tratando,  
yo sus pérfidas tramas combatiendo.  
Entre uno y otro que elijais conviene:  
ved á cuál preferís... Yo con respeto  
vuestra sentencia aguardo.

REY.

Y un instante  
¿podeis dudar cuál sea?... Conocerlo  
me es forzoso, maestre: de mi lado  
no os debeis separar; que al noble esfuerzo  
con que mi causa sosteneis constante,  
el bello lustre de mi trono debo.  
Mas combatido por afectos tantos,  
dejadme respirar; que harto padezco  
en tan penosa lucha, y retirado  
me es necesario estar cortos momentos.  
En breve os llamaré; y en este asunto  
de lo que hacer conviene trataremos.  
Adios.

ALV.

Pero, señor, con esa lista,  
¿qué pretendéis hacer?

REY.

Nada.... Os la entrego.  
(*Le da el papel y vase.*)

## ESCENA V.

DON ALVARO, solo.

Respira, al fin, corazón,  
que ya el triunfo aseguré.  
Villena, rival osado,  
caíste en tu propia red.  
Mira este pacto afrentoso  
que me quisiste imponer,  
(*Rompe el papel.*)  
míralo pedazos hecho;  
y tiemble ya tu altivez,  
que con tu pecho malvado

hoy lo mismo espero hacer.

## ESCENA VI.

DON ALVARO. PACHECO.

PACHECO.

¿Hablásteis al rey, maestre?

ALVARO.

Sí, Villena, ya le hablé.

PACHECO.

¿Luego consiente?

ALVARO.

Lo ignoro.

PACHECO.

¿No le pudisteis vencer?

ALVARO.

Mas dichoso en mis esfuerzos  
seré sin duda otra vez.

PACHECO.

La diligencia conviene:

ALVARO.

mas eficaz os juzgué.

PACHECO.

Es que acaso entre los dos  
hechos los tratos no estén.

ALVARO.

¿Eso decís? Terminados  
quedaron á mi entender.

PACHECO.

Todavía cierto punto  
falta que arreglar.

ALVARO.

¿Cuál es?

PACHECO.

Lo del casamiento.

ALVARO.

¿Cómo?  
¿No prometísteis tambien?

PACHECO.

Prometí si consentia  
Elvira gustosa en él.  
Recordadlo.

ALVARO.

Lo recuerdo;  
pero de un padre la ley  
puede obligar....

PACHECO.

Su tirano  
ser no pretendo, marques.  
ni contra su voluntad  
vos admitierais muger.

ALVARO.

Que sea buena casada  
es tan solo mi interés;  
y eso dejadlo á mi cargo.

PACHECO.

No es, Pacheco, menester;  
que es bien nacida, y cual noble....  
Condestable, ya lo sé;



ALVARO. pero acabemos: Elvira...  
Tardo sois en comprender.  
Ducleme tan malas nuevas  
daros; mas Elvira....

PACHECO. ¿Y bien?

ALVARO. No consiente.

PACHECO. ¡No consiente!  
Tal disculpa no penseis  
que admita.

ALVARO. Admitidla ó no;  
que eso resuelve, sabed.

PACHECO. Ahorrémones de palabras.  
Vuestro amigo quiero ser:  
si vos quereislo ser mio,  
mis condiciones sabeis.

ALVARO. No acostumbro tolerar  
quien me las quiera imponer.

PACHECO. Ni yo sufrir de un perjuro  
acostumbro la doblez.

ALVARO. Tened la lengua, ó si no,  
vive Dios, la arrancaré.

PACHECO. ¡Débil anciano!

ALVARO. La sangre  
no ha helado en mí la vejez;  
para humillar á soberbios  
sobra á mi brazo poder,  
y mas soberbios que vos  
suelen besarme los pies.

¿Pensásteis, jóven audaz,  
envanecido doncel,  
que hasta el de Luna elevarse  
pudiera vuestra altivez?

¿Pensásteis que do mi frente  
se alza igual á la del rey,  
se alzára tambien la vuestra  
do apenas miro un laurel?

El astro de mi fortuna  
no perdió su brillantéz,  
y rivales como vos  
solo merecen desden.

PACHECO. No me hablábais tan altivo

cuando enantes os hablé.  
El enojo del monarca  
sin duda olvidado habeis;  
ó porque hora mas benigno  
os ha mirado tal vez,  
á vuestra privanza antigua  
os imaginais volver.  
Dejad tan loca esperanza,  
maestre, no os engañeis;  
que en rueda va la fortuna,  
y al que en su cumbre se ve,  
pues nadie á fijarla llega,  
le toca solo el caer.  
Eu ese astro que os guiaba,  
creedme á mí, no os fieis;  
que si alguna luz le queda  
en su triste palidez,  
es la que basta á llevaros  
donde os habeis de perder.  
Al proponeros mi alianza,  
yo salvaros intenté:  
no por amor, lo confieso,  
sino que á mí me está bien.  
Impórtame mas que todo  
vuestra herencia recoger;  
prefiero en paz aguardarla,  
porque mas segura esté;  
pero si arrancarla es fuerza,  
si guerra quereis, tambien  
la guerra acepto, y el triunfo  
á quien quiera Dios lo dé.  
Guerra, pues, el de Villena.  
Guerra, sí, pues la quereis.  
¡Ah! yo os cortaré los vuelos.  
Yo humillaré esa altivez.  
Pronto tendreis nuevas mias.  
Antes mias las tendreis.  
Quedad, Villena, con Dios.  
Id, condestable, con él.

ALVARO.

PACHECO.

ALVARO.

PACHECO.

ALVARO.

PACHECO.

ALVARO.

PACHECO.



## ESCENA VII.

PACHECO. VIVERO.

PACHECO. Los instantes son preciosos:  
no hay ninguno que perder.  
(Sale Vivero.)

¿Sois vos, Vivero?

VIVERO. ¿El maestre?

PACHECO. Por allí ha marchado.

VIVERO. El rey

le llama.

PACHECO. ¿El rey! ¿qué decís?

VIVERO. ¿Le llama el rey?... ¿Para qué?

VIVERO. Enojado está su alteza,  
segun me llevo á entender;  
y al condestable amenaza  
en su suerte algun revés.

PACHECO. Con todo, primero es fuerza....

El aviso no le deis.

VIVERO. Mas señor....

PACHECO. Esto conviene.

VIVERO. Si su alteza....

PACHECO. Obedeced.

Hablaréle yo primero:  
esperadme en el verjel.  
Corramos; si me detengo  
tarde acaso llegaré.

## ESCENA VIII.

DICHOS. ELVIRA.

ELVIRA. Escuchad, marques.

PACHECO. Señora....

(Aparte.) ¡Oh que importuna muger!

ELVIRA. Hablaros quiero un instante.

PACHECO. Os ruego que me escuseis:  
el servicio de su alteza  
me llama.

ELVIRA.

Corta seré.

PACHECO.

No obstante....

ELVIRA.

Me importa mucho.

PACHECO.

Perdonad: será otra vez. (Vase.)

## ESCENA IX.

ELVIRA. VIVERO.

ELVIRA.

Ni escucharme se ha dignado.

¿Qué grosero y descortés!

Mas ¿qué es esto?

(Se oye una música guerrera que se va acercando  
poco á poco.)

VIVERO.

De la liza

los jueces deberán ser.

Al concluirse el torneo

en conferencia los tres

quedáronse comparando

los lances, segun es ley.

Hora en pompa acompañados

de numeroso tropel,

nos darán del vencedor

aquí el nombre á conocer.

Vos, señora, preparaos;

que hora en su pecho debeis,

cual premio de su valor,

la roja banda poner.

Abrid esas puertas.

ELVIRA.

¡Cielos!

(Vase Vivero.)

¿quién la merece mas que él?

(Se abren las puertas del foro, y se ve el jardin.  
Salen los jueces del torneo con grande acompa-  
ñamiento de damas, caballeros, pages y escu-  
deros. Estos llevan pendones, en los que estan  
las armas de los que han peleado. Un page lle-  
va sobre un escudo la banda que ha de servir  
de premio.)



## ESCENA X.

ELVIRA. PLASENCIA. CASTRO. MENA. SANTILLANA. CABALLEROS. DAMAS. ESCUDEROS. PAGES. JUECES DEL TORNEO.

- SAN. Oid, infanzones, guerreros de pro,  
los que en noble lucha, con hechos gloriosos  
que ensalza la fama, los lauros honrosos  
habeis merecido que Marte plantó:  
oid la sentencia que el juez pronunció.  
Difícil sentencia; que en tanto adalid  
puede uno mas dicha tener en la lid:  
tener mas aliento no puede, eso no.  
Corriendo el palenque con raudo corcel,  
astillas seis lanzas Destúñiga hiciera;  
y luego doblando tan noble carrera,  
rompiera otras tantas el fuerte doncel.  
Si bien en las suertes se igualan con él,  
del potro rebelde cayóse el de Lara,  
el suyo dos veces Quiñones cambiara:  
merece el primero, por tanto, el laurel.
- ELV. (Ap.) ; Albricias, que él vence, feliz corazon!
- SAN. A vos, bella Elvira, que reina el deseo  
de cien justadores nombró del torneo,  
á vos toca darle tan fiel galardón.  
Alzad, caballeros, alzad el pendón;  
y en tanto que sombra le dan á su frente  
las nobles enseñas honor del valiente,  
ante ella de hinojos reciba este don;  
que el fuerte guerrero su noble altivez  
do reina la hermosa postrándose humilla:  
si un tiempo esgrimiera sangrienta cuchilla,  
la dulce coyunda le rinde á su vez.
- DES. Es grato en las lides ganar honra y prez;  
que así del guerrero la fama se estiende;  
y en júbilo inmenso su pecho se enciende  
si el fallo glorioso pronuncia tal juez.  
Empero es mas grato, dejando el arnés,  
si á par que de osado, de tierno blasona,  
á noble doncella deber la corona

que humilde recibe cayendo á sus pies.  
Mas ¿dónde halla el pecho tan fuerte pavés  
que allí de unos ojos los rayos resista?  
En vano en las lides laureles conquista,  
que amor, débil niño, le vence después.

SAN. (A Elvira.)

Tomad, pues, la banda, preciosa labor,  
do cifra gloriosa bordó vuestra mano,  
do en letras doradas leer puede ufano:  
«Elvira este premio concede al valor.»

ELV. A mí, caballeros, me cupo este honor;  
que es gloria en las damas premiar al valiente;  
y solo un disgusto mi pecho hora siente:  
que el mérito es grande, y el premio...

DES. Esmayor.

¿Cuál otro, señora, pudiera?...  
Callad;

ELV. (Bajo.) que estais imprudente.

DES. Mi amor dichas tantas,  
Elvira, enagenan.

ELV. Caed á mis plantas;  
y humilde, guerrero, la banda aceptad.  
Con ella al combate ceñido marchad;  
y allí contra el moro lidiando con gloria,  
la enseña á ser llegue, señal de victoria,  
que anuncia al alarbe crúel mortandad.  
(Destúñiga se arrodilla y Elvira le pone la banda al pecho. Sale Vivero apresurado.)

## ESCENA XI.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. Dejad, dejad, caballeros,  
esos gratos ejercicios,  
y ocupen vuestro valor  
otros cuidados mas dignos.  
Dejad tan vanos festejos  
despojados de su brillo;  
pues la presencia les falta  
del gran rey que á honrarlos vino.



- CABALLEROS. ¿Cómo?  
 VIVERO. Don Juan y su corte abandonan estos sitios.  
 DESTÚÑIGA. ¡El rey!  
 SANTILLANA. ¿Qué causa?  
 VIVERO. La ignoro.  
 Con partir tan repentino el condestable ha quedado solo, mústio y pensativo, cual si una horrible desgracia sobre él hubiera caído.  
 ELVIRA. ¿Qué será?... ¡Cielos!.... sepamos...  
 ¡Temblando estoy! (*Vase corriendo.*)  
 DESTÚÑIGA. ¡Ah! ya os sigo.  
 (*Destúñiga y las damas siguen á Elvira.*)  
 SANTILLANA. ¿De tan imprevista ausencia, no adivinais el motivo?  
 VIVERO. Aquí se acerca Pacheco: tal vez él podrá decirlo.

## ESCENA XII.

PACHECO. VIVERO. PLASENCIA. CASTRO. MENA. SANTILLANA.  
 CABALLEROS. ESCUDEROS. PAGES.

- PACHECO. Triunfamos ya, ricos-hombres, de un insolente valido. Cansóse al fin el monarca de verle usurpar altivo el soberano poder que del cielo ha recibido. La régia pompa, el orgullo que respira este recinto, el ancha copa han colmado hoy del sufrimiento antiguo. Marcha indignado su alteza; y si es fiel mi vaticinio, cumpliéndose nuestras ansias, veremos pronto el castigo del que teniendo en su mano de Castilla los destinos,

- hollar con osada planta su ilustre nobleza quiso. Hora al pasar junto á mí con triste aspecto sombrío, miradas de rabia llenas sus ojos me han dirigido; pero en su arrugada frente, en su semblante amarillo, las evidentes señales de su desgracia he leído.  
 CASTRO. ¿Qué dices?... ¡Ah! derrocado otras veces ya le vimos; y mas audaz y orgulloso se levantó del abismo.  
 SANTILLANA. Algun dia nuestras lanzas en mil combates reñidos, queriendo humillar su orgullo remacharon nuestros grillos.  
 PACHECO. No importa. Lo que no pudo de tantos nobles el brio, hoy mas poderoso que ellos lo alcanza un vano capricho.  
 VIVERO. Pero si el rey vuelve á verle aun triunfará su cariño. Sigamos todos sus huellas.  
 MENA. ¿Vos del de Luna enemigo?  
 VIVERO. Ministro del rey, jamas su interés pospongo al mio.  
 MENA. ¿No aceptasteis del maestre riquezas y altos destinos?  
 PACHECO. Y ¿no os repartia á todos puestos, ciudades, castillos?  
 ¿Para qué? Para ostentar su omnimodo poderío. Agradecedle esos dones, dones que arrancó el inicuo á nobles iguales vuestros desterrados ó cautivos.  
 PLASENCIA. Y ¿quién de ese vil tirano ofensas no ha recibido?  
 SANTILLANA. En la corte, en los combates,



- siempre contrario me ha visto.
- CASTRO. Y yo de antiguos agravios  
aun tengo el recuerdo vivo.
- PACHECO. Marchemos, y sin descanso  
procuremos su esterminio.
- TODOS. Marchemos, sí.  
*(Hacen todos ademán de marchar; pero se detienen viendo venir á don Alvaro por el fondo con escolta.)*
- VIVERO. Mas ¿no es él?
- SANTILLANA. Él es.
- CASTRO. Se acerca á este sitio.
- VIVERO. Le siguen los ballesteros.
- PACHECO. ¿Cuál podrá ser su designio?

## ESCENA XIII.

DICHOS. DON ALVARO. BALLESTEROS.

*(Los ballesteros que acompañan á don Alvaro se quedan en el fondo. El condestable se adelanta despacio y con aspecto sombrío por entre los nobles que atónitos le abren paso.)*

- ALVARO. ¿Qué es esto, pues, caballeros?  
¿Qué os altera?... ¿Por qué miro  
en vuestros ojos inquietos  
tal turbacion?... Suspendido  
¿por qué las fiestas habeis?  
¿Es miedo?... ¿es furor?... Decidlo.  
Decidlo vos, el de Castro,  
que en tierra los ojos fijos,  
cual si mirarme no osárais,  
humilde estais y sumiso.  
Decidlo, Plasencia, vos,  
que con rostro enfurecido,  
sacais del pecho al semblante  
los deseos vengativos.  
Y vos, marques, ¿no direis  
por qué ufano, envanecido,  
ese aspecto vencedor  
tomais ahora conmigo?

- PACHECO. Y decidme vos primero:  
¿dónde está el rey? ¿por qué el brillo  
no aumentan de estos festejos  
sus resplandores divinos?  
¿Por qué, presuroso, en fin,  
se aleja de este recinto?
- ALVARO. ¿Queréislo saber, marques?  
¡Triste de vos si os lo digo!
- PACHECO. No es tiempo ya de amenazas.  
Temblad, don Juan, os repito.
- PACHECO. No disimuleis. Su alteza  
huye de vos.
- ALVARO. ¿Quién lo ha dicho?
- PACHECO. Vuestro orgullo, que insolente  
su dignidad ha ofendido.
- SANTILLANA. Esa pompa que á la suya  
quereis igualar altivo.
- PLASENCIA. Tantos años de opresion  
bajo un pérfido ministro.
- ALVARO. No huye sino de traidores  
que alcanzarán su castigo:  
traidores que cuando aqui  
con amistad los recibo,  
en negras ocultas tramas  
me asestan pérfidos tiros,  
intentando convertir  
en llanto estos regocijos.  
Pues bien, se convertirán,  
puesto que lo habeis querido;  
y el águila que aqui os daba  
bajo sus alas abrigo,  
os va, sus garras abriendo,  
á despedazar, inicuos.  
¿Cómo!....
- PACHECO. Marques de Villena,  
daos á prision ahora mismo.
- ALVARO. ¿Yo?
- PACHECO. Sí, vos.
- PACHECO. Y ¿quién lo manda?
- ALVARO. Yo, que basto á confundiros:  
Guardias.



PACHECO. Antes con mi acero....  
PLASENCIA. Aquí todos en tu auxilio  
estamos, don Juan.

(Hacen ademán de echar mano á la espada.)

ALVARO. Teneos;  
y respetad este escrito.  
(Muestra un pliego.)

PACHECO. ¿Qué escrito?

ALVARO. La orden del rey.  
Miradla bien.... ¿La habeis visto?

PACHECO. ¡Cielos!

ALVARO. ¿Conocéisla?

PACHECO. Sí.

ALVARO. Y ¿quién será el atrevido  
que este sacrosanto sello  
se niegue á acatar sumiso?

PACHECO. Nadie; que es mucha su fuerza.

ALVARO. Y aun no tanta necesito:  
para humillaros á todos  
me sobran sin ella brios.

Qué, ¿tan pronto quien yo soy  
pudisteis dar al olvido?  
¿No bastan los rudos golpes

que os diera mi acero invicto,  
que aun quereis mas escarmientos,  
aun provocais mas castigos?

¿No os acordais ya de Olmedo,  
donde en combate reñido,  
postrados ante mis plantas

ví á mis fieros enemigos;  
y allí poniendo los pies  
en sus cuellos abatidos,

alcéme en los hombros suyos  
donde tan alto me miro,  
que entre los reyes y yo

distancia apenas distingo?  
Pues sabed que este poder  
á tanta costa adquirido,

no pienso, no, resignarlo:  
treinta años de afán continuo,  
de sobresaltos, de guerras,

este poder me han valido;  
y lo que tan caro cuesta  
ninguno lo cede vivo.

¿Pensábais desde la cumbre  
precipitarme al abismo?

¿Habeis querido perderme?  
¿Torpe afán, vano designio!

Qual la roca de las olas  
de vuestro furor me rio;  
y mientras siempre mas firme

vuestros esfuerzos resisto,  
soy cual sol resplandeciente  
cuyo irresistible brillo

las nubes que me hacen sombra  
solo al mostrarme disipo.

Acatad, pues, este sol  
que hoy se levanta mas vivo,  
y ante su lumbre esplendente

bajad los ojos altivos.  
Bajadlos, ceded, postraos,  
caed á mis pies sumisos;

y allí adorad al que rige  
de Castilla los destinos.

¡Ah! ¡pesia mi negra estrella!  
SANTILLANA. ¡Oh baldon! Nuestro suplicio  
decretad luego.

ALVARO. A vosotros,  
me basta el veros rendidos;  
y en prueba de que no os temo,  
os perdono compasivo.

Pero vos, Pacheco, iréis  
de san Gormaz al castillo.  
Marchad luego.—Su custodia

á vos, Vivero, os confío.  
PACHECO. Triunfais, condestable, ahora;  
mas todavía respiro.

ALVARO. Cuidad; que á mas de prisiones,  
Villena, hay tambien cuchillos.



## ACTO TERCERO.

El teatro representa una galeria ó parte de corredor que da la vuelta al patio grande de un castillo. Por los arcos de esta galeria se ve lo restante del patio, y en el fondo una de las torres que debe ser practicable, alcanzándose tambien á ver parte del cielo. A los dos lados del proscenio habrá igualmente otras torres. La de la derecha del actor tiene una puerta pequeña que se supone dar á un pasadizo ó escalera estrecha que conduce al pie de la misma torre. La de la izquierda tiene una gran puerta gótica que conduce á habitaciones interiores. Mas allá de estas torres hasta la barandilla del corredor, el paso está espedito, de suerte que se puede recorrer libremente toda la galeria é ir por ella á las demas partes del edificio. Es de noche, y la escena está alumbrada por una lámpara que cuelga del techo.

### ESCENA PRIMERA.

PACHECO. VIVERO.

*(Vivero sale con precaucion: va á la puerta de la derecha: da tres palmadas: responden con otras tres dentro. La puerta se abre y sale por ella Pacheco.)*

VIVERO. Entrad, don Juan, no temais.  
PACHECO. ¿Estamos solos?  
VIVERO. Sí, solos.  
PACHECO. ¿Dónde estoy?  
VIVERO. La galeria es esta que corre en torno del gran patio: las dos torres que á Burgos causan asombro

mirad allí... Aquella puerta de los moriscos adornos es la estancia del maestro. La de Elvira allá en el fondo.

PACHECO. ¿Luego deberán pasar por este sitio?  
VIVERO. Es forzoso.

PACHECO. ¿Decís que por esta puerta  
*(Señalando la de la derecha.)*  
nadie entrará?

VIVERO. Ningun otro, sino yo, su llave tiene; que desde tiempos remotos nadie ese paso frecuente.

PACHECO. *(Señalando la puerta de la izquierda.)*  
¿Qué es aquello?

VIVERO. El oratorio.  
PACHECO. ¿Y allí se han de celebrar sin duda esos desposorios?

VIVERO. El sol de ocultar acaba en el mar sus rayos rojos; y la santa ceremonia se celebrará muy pronto. Elvira á cumplir ha ido sus deberes religiosos, y cuando vuelva....

PACHECO. Vivero, no volverá.

VIVERO. ¿No?... ¿Pues cómo?...  
PACHECO. Dispuesta mi gente está en el camino, y ya....

VIVERO. ¿Un robo!  
PACHECO. Estoy á todo resuelto;

Sí, Perez Vivero, á todo. Pues debo á vuestra amistad, y aun mas al poder del oro, el haber de mi prision las herradas puertas roto, yo os juro que he de lograr mis vengativos enojos. De sangre del condestable



tengo sed; mas esto es poco,  
y antes le quiero robar  
su mas preciado tesoro.  
Quiero vengarme tambien  
de ese envanecido mozo  
que ha osado poner su amor  
donde yo puse los ojos.  
Goza, Destúñiga, aprisa  
de tu triunfo: será corto;  
que ya está aqui el de Villena  
para servirte de estorbo,  
y en lágrimas muy en breve  
se convertirán tus gozos.

VIVERO.

Gente viene.... El condestable.  
Marchad, ocultaos pronto.  
(*Vase Villena y cierra la puerta.*)

## ESCENA II.

DON ALVARO. VIVERO.

VIVERO.

¿Que, en fin, señor, decidido  
estais á admitir por yerno  
á un Plasencia?

ALVARO.

Perez, sí;  
porque si al padre aborrezco,  
brillan prendas en el hijo  
de cumplido caballero.  
Mi Elvira, mi amada Elvira,  
por él arde en dulce fuego,  
y á su rogar, á su llanto,  
Perez, resistir no puedo.  
Su dulce voz me conmueve,  
me vence; y el duro pecho  
es blanda cera con ella,  
bronce para todos siendo.  
Demas que al amor de padre  
se une mi interés en esto.  
Hoy mi privanza vacila,  
bien lo conozco, Vivero,  
y apuntalar es preciso

torre que se está cayendo.  
Logrando de esa familia  
el apoyo, nada temo;  
que si ausente el padre, ignora  
el proyectado himeneo,  
lo que hora no consintiera,  
habrá de aprobarlo hecho.  
Por lo mismo es importante  
en este asunto el secreto.  
Yo no sé; pero me acosan  
tan tristes presentimientos,  
que en vano del corazon  
á desterrarlos me esfuerzo.  
Ese Villena.... Su fuga  
me tiene afanoso, inquieto,  
y á guardarme de sus artes  
dias ha que solo atiendo.  
¿Cómo se pudo escapar?...  
¿Quién osó romper sus hierros?  
¡Ah! tiemble, si le descubro,  
de mi furor el perverso.

VIVERO.

Sin duda el marques, señor,  
huyendo en estraños reinos....

ALVARO.

No lo creas: le conozco.  
No estará, Perez, muy lejos;  
y acaso en el mismo Burgos....  
Mas no hablemos mas en eso.  
Pensemos solo en la dicha  
de Elvira.... Testigo os ruego  
que en esta boda seais.

VIVERO.

Serviros tan solo anhelo.  
Mas permitid que de aqui  
me aleje breves momentos.  
Graves negocios me llaman.

ALVARO.

Id, pues; pero volved presto;  
que ya Destúñiga llega,  
y es impaciente el deseo  
del que de su ardiente amor  
aguarda el ansiado premio.

(Vase Vivero)



## ESCENA III.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA. Dadme los brazos, señor.  
ALVARO. Gustoso os recibo en ellos;  
que es gloria al pecho estrechar  
la flor de los caballeros.

Noble, galan y valiente  
siempre, Destúñiga, os veo  
el primero en los combates,  
en las justas el mas diestro.  
Honor dareis á mi casa;  
y ya os miro con el tiempo,  
á par que de mis estados,  
de mi poder heredero.

DESTÚÑIGA. Tan solo ambiciono ser  
de la hermosa Elvira dueño.  
Mas ¿dónde está?

ALVARO. Fue á la iglesia;  
y ya no puede... ¿Qué es esto?  
(Oyese ruido dentro.)  
¿Qué ruido?... ¿Por qué mis gentes  
precipitadas corriendo?

## ESCENA IV.

DICHOS. UN ESCUDERO. CRIADOS.

ESCUDERO. ¿Señor!  
ALVARO. ¿Qué es eso?  
ESCUDERO. ¿Oh maldad!  
DESTÚÑIGA. ¿Qué ha sucedido?  
ESCUDERO. ¿Perversos!  
ALVARO. Hablad.  
ESCUDERO. Doña Elvira...  
ALVARO. ¿Y bien?  
ESCUDERO. ¿Cómo decir?...  
ALVARO. Acabemos.  
DESTÚÑIGA. ¿Alguna desgracia, acaso?

ESCUDERO. Ha sido robada.  
DESTÚÑIGA. ¿Cielos!  
ALVARO. Guzman, ved lo que decis.  
ESCUDERO. ¡Ah! Señor, es barto cierto.  
Veníamos de la iglesia;  
y de este sitio no lejos,  
seis hombres con antifaces,  
desnudando los aceros,  
se arrojan sobre nosotros.  
Defenderme en vano intento,  
que la espada sirve mal  
el valor de un pobre viejo.  
Aquella débil escolta  
de dueñas y de escuderos  
pronto se vió dispersada;  
y los agresores, dueños  
de doña Elvira, á pesar  
de sus gritos y mi esfuerzo,  
se alejan; que favorece  
la noche su vil proyecto.  
¡Horrible maldad!

ALVARO. ¿Oh rabia!  
DESTÚÑIGA. Corramos luego tras ellos.  
(Vase precipitadamente.)

ALVARO. Rivadeneira, Chacon,  
vosotros todos, id presto;  
id á buscarla... Llevad  
gentes, armas... Id: no hay tiempo  
que perder... Recorred toda  
la ciudad... Los mas secretos  
parajes reconoced:  
no omitais de hallarla medio.  
Al que volvérmela logre,  
mi mejor villa le ofrezco.  
(Vanse todos los criados.)

## ESCENA V.

DON ALVARO, solo.

Hija mia, mi tesoro,



mi dulce amor, mi embeleso,  
 ¡tú arrebatada á tu padre!  
 ¡Tú robada!... ¡Ah! Pierdo el seso.  
 Cielo, ¿para qué me diste  
 grandezas, bienes sin cuento,  
 si á mi vejez preparabas  
 tan crudo golpe funesto?  
 Llévate todos tus dones,  
 que solo á mi Elvira quiero.  
 No puedo mas.... Aguardar  
 es insufrible tormento.  
 Voy yo mismo... Si, corramos;  
 que aunque contemple mi duelo  
 toda Burgos, nada importa:  
 soy padre: mi hija es primero.

ESCENA VI.

DON ALVARO. PACHECO.

PACHECO.

Condestable.

ALVARO.

¿Quién me llama?

PACHECO.

¿No me conoce el de Luna?

ALVARO.

¡Villena! ¡Oh negra fortuna!

¡Infame y horrible trama!

¿Quién te ha conducido aquí?

¿Quién pudo?... ¿Quién?

PACHECO.

¿Quién? Mi valor.

ALVARO.

Y ¿qué me quieres, traidor?

PACHECO.

¿Puedes ignorarlo, dí?

Odio, furor y venganza

respira mi corazón;

¿cuál puede ser mi intencion?

Responde, ¿cuál mi esperanza?

ALVARO.

El sitio elegiste mal;

que estás, Villena, en mi casa.

PACHECO.

A quien ira ciega abrasa

todo sitio le es igual.

Demas que solo te encuentro:

fuera tus gentes estan;

y á mi voz acudirán

los que he dejado allí dentro.  
 Digna hazaña de un malvado:  
 asesinar á traicion.

ALVARO.

PACHECO.

Hiciéralo con razon;  
 mas desecha ese cuidado.  
 Hidalgo soy: sin baja  
 sé vengarme, aunque ofendido;  
 que en mi venganza no olvido  
 lo que debo á mi nobleza.  
 Cuerpo á cuerpo solo quiero  
 mi rencor satisfacer;  
 pues traicion no he menester  
 donde me basta mi acero.  
 Y ¿osas de honor blasonar  
 cuando á mi hija me robaste?  
 Porque tú has sido.

ALVARO.

PACHECO.

Acertaste;  
 por mí se ha visto arrancar  
 de tu lado.... Elvira es mia,  
 la prometiste á mi amor:  
 ¿creias que, sin valor,  
 quitármela dejaria?

ALVARO.

Cual tu perfidia merece  
 en estos momentos obro,  
 y adonde quiera recobro  
 un bien que me pertenece.  
 ¡Perverso! Y ¿en tu furor  
 á un padre osaste alligir?  
 ¿No me podias herir  
 sin causarme este dolor?

PACHECO.

Y tu vida por ventura  
 ¿es bastante á mi venganza?  
 El que pérfido me lanza  
 en una prision oscura,  
 el que ardiendo en rabia ciega  
 ante una corte me humilla,  
 el que de toda Castilla  
 á ser ludibrio me entrega,  
 ¿podrá muriendo pagarme?  
 No: le quiero ver sufrir,  
 verter lágrimas, gemir;



ALVARO. quiero en su dolor gozarme.  
Goza, pues, en mi quebranto;  
gózate, bárbaro, en él;  
que porque seas cruel,  
no he de sofocar mi llanto.  
Soy padre; y harto con esto  
le digo á tu corazon:  
ten piedad; que no es razon  
darme este golpe funesto.  
Ya se humilla mi altivez:  
¿qué mas me pide tu anhelo?  
No me quites el consuelo  
que me queda en mi vejez.  
Vuélveme á mi Elvira, sí:  
es mi embeleso, mi vida;  
recobre á mi hija perdida,  
y haz cuanto quieras de mí.  
Mis riquezas te daré,  
y el puesto que tanto anhelas;  
y si mi vista recelas,  
á un destierro marcharé;  
y en fin, por única suerte,  
déjame verla, abrazarla,  
contra este pecho estrecharla,  
y dame despues la muerte.

PACHECO. ¿Qué mal juzgaba de tí!  
Con mas valor te creia:  
lástima dame, á fé mia,  
el verte abatido así.  
; Vos, cuyo escelso poder  
aun á los reyes humilla,  
condestable de Castilla,  
llorais como una muger!  
; Vano ardid, torpe flaqueza!  
Para ablandarme ya es tarde:  
solo me inspira, cobarde,  
desprecio tanta vileza.

ALVARO. Pues bien, desnuda el acero,  
acércate, fementido:  
si como padre he cumplido,  
como quien soy cumplir quiero.

PACHECO. Eso quiero yo tambien.  
Llegó tu postrer instante.

ALVARO. Con ese tono arrogante  
no me infundes miedo: ven;  
que sed de tu sangre tengo.  
(*Saca la espada.*)

PACHECO. Beber de la tuya juro.  
Tu triunfo no está seguro.

PACHECO. Veremos. (*Riñen.*)

ALVARO. Aün sostengo  
la espada con brazo fuerte.

PACHECO. Tienes destreza.

ALVARO. Y valor.  
(*Estando riñendo se le cae á Pacheco la escarcela al suelo.*)

PACHECO. A pesar de tu furor  
espero darte la muerte.

ALVARO. ¿Piensas que con la vejez  
perdí mi antigua pujanza?  
Te engañas; que aún alcanza  
á humillar esa altivez.  
(*Pacheco herido en la mano deja caer la espada.*)

PACHECO. Herido estoy: ¡suerte fiera!

ALVARO. Tomad otra vez la espada.

PACHECO. No puedo; que traspasada  
mi mano....

ALVARO. Tomad: ¿qué espera  
vuestra arrogancia? Os advierto  
vuestra vida defendais;  
que he resuelto no salgais  
de este sitio sino muerto.

PACHECO. ¡Ah! ¡Mal haya mi fortuna!  
(*Quiere coger la espada y se le cae otra vez.*)  
¡Oh rabia! Tener no puede  
mi brazo....

ALVARO. Todo aqui cede  
á don Avaro de Luna.  
Muere, pues.  
(*Va á herirle, cuando se oye dentro la voz de Elvira. Don Alvaro al punto se detiene, deja á Pacheco y corre en busca de su hija.*)



ELVIRA. (Dentro.) ¡Padre!  
 ALVARO. ¡Qué acento!  
 ELVIRA. ¡Padre!  
 ALVARO. ¡Es su voz!... ¡Vedla allí!  
 ¡Mi Elvira!  
 PACHECO. Huyamos de aquí:  
 no perdamos un momento.  
 (Huye por la puerta pequeña que deja cerrada.)

ESCENA VII.

DON ALVARO. DESTUÑIGA. ELVIRA. RIVADENEIRA.  
 CRIADOS.

(Vuelve don Alvaro abrazando á Elvira. Les siguen muchos criados con armas y luces.)

ELVIRA. ¡Padre mio!  
 ALVARO. Hija querida,  
 mi dulce hechizo, mi bien,  
 ¿con que te recobro? Ven  
 contra este pecho, mi vida.  
 ELVIRA. ¿Es verdad que os vuelvo á ver,  
 que os abrazo, padre amado?  
 ALVARO. Pero, ¿quién te ha libertado?  
 ¿quién pudo?... ¿Quién ha de ser?  
 Si aquí Destuñiga está,  
 ¿cómo preguntarlo puedo?  
 ¿Cuán agradecido quedo  
 á su valor!  
 DESTUÑIGA. ¡Ah! Quizá  
 fuera inútil mi ardimiento;  
 que lejos ya los malvados,  
 con las sombras amparados  
 lograran su torpe intento.  
 Pero de Elvira á las voces  
 gentes acuden.... Do quiera  
 los viles en su carrera  
 se ven cortados. Veloces  
 llegamos.... Solo al mirarme  
 huyen, y á mi bien liberto.

ALVARO. ¡Cara Elvira! ¿Con que es cierto  
 que un pérfido arrebatarme  
 quiso tal tesoro? ¡Infame!—  
 Mas me olvidaba.... ¿Dó está?  
 ¿Dónde se ha ocultado ya?  
 Dejad, dejad que derrame  
 su sangre vil.

ELVIRA. ¿Qué decís?  
 DESTUÑIGA. ¿Qué delirio os enagena?  
 ALVARO. Aquí estaba?  
 DESTUÑIGA. ¿Quién?  
 ALVARO. Villena  
 DEST. ELV. Villena!  
 ALVARO. Si, ¿no lo oís?

¿Le habeis dejado escapar?  
 ¡Ah! Por aquí se ha marchado.  
 ¡Maldicion! Está cerrado.  
 Esa puerta derribar  
 es fuerza.

DESTUÑIGA. Mas....  
 ALVARO. Al momento.  
 ¿Que huyó por ella no os digo?  
 Corred.... Horrible castigo  
 dar á su maldad intento.

(Los criados de don Alvaro echan la puerta abajo  
 y vanse por ella.)

DESTUÑIGA. Pero, señor....  
 ALVARO. ¿Quién le pudo,  
 quién, introducir así?  
 Alguno me vende aquí,  
 alguno, sí, no lo dudo.

ELVIRA. ¿Decís que Villena ha entrado?  
 ALVARO. Aquí al traidor encontré;  
 aquí con él batallé,  
 y muerte le hubiera dado;  
 mas llegaste y se salvó.

ELVIRA. Dejadle; y solo pensad  
 en nuestra felicidad.  
 ¿La habeis olvidado?  
 ALVARO. No;  
 que preparado el altar,



el santo yugo os espera;  
mas de esta angustia tan fiera  
necesito descansar.

Id, hijos míos, y en tanto  
que se cumple vuestro anhelo,  
vuestras plegarias al cielo  
se eleven con fervor santo.

Al Dios que te ha libertado  
dirije, Elvira, tu ruego....

Dejadme solo; que luego  
yo marcharé á vuestro lado.

(*Vanse Destûñiga y Elvira.*)

### ESCENA VIII.

DON ALVARO, RIVADENEIRA, CRIADOS.

(*Vuelven Rivadeneira y criados.*)

ALVARO. Y bien, ¿no le habeis hallado?  
RIVADEN. Chacon siguiéndole va;

pero, señor, será en vano,  
que es mucha la oscuridad.

ALVARO. ¿Mal haya vuestra torpeza!  
¿Que así se logre escapar!

RIVADEN. Señor....

ALVARO. Marchaos de aquí;  
mas esa espada os llevad,  
que puede servir de prueba....

RIVADEN. Tambien en el suelo está  
una escarcela.

(*Recogiendo la escarcela que se le cayó á Pacheco.*)

ALVARO. Traed.  
Es suya.... Aqui se hallarán  
tal vez algunos papeles....  
Sí.... con efecto.... Acercad  
una luz.—

(*Abre la escarcela y saca varias cartas, cuyas firmas va leyendo.*)

Conde de Castro....

¿Traidor!.... Me la pagará....  
Plasencia.... Mendoza.... el de Alba....

todos, todos.... ¿Qué dirán?  
Luego lo verá.... Mas ¡cielos!

¿Vivero!.... ¿Será verdad?

¿Vivero!.... Su letra es esta,  
su firma.... no hay que dudar.

¿Infame!.... Pero tal vez  
indiferente.... No tal,

no; que cada línea aquí  
prueba en él una maldad.

¿Oh traicion!.... Y ¡yo abrigaba  
esa serpiente infernal

en mi pecho!.... ¡El premio es éste  
que le daba á mi amistad!

Ya todo está descubierto:

por él consiguió don Juan  
romper su estrecha prision,

por él aquí penetrar,  
y él tambien de mi hija amada

dispuso el raptó quizás.

Pues yo le juro al traidor,  
al infame, al desleal,

que ha de pagar con su vida  
su pérfida iniquidad.

### ESCENA IX.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. ¡Ah! ¿Qué he sabido, señor?  
¿Será cierto?... ¿Qué maldad!  
¿A vuestra adorada hija  
han intentado robar?

ALVARO. Sí, Vivero.

¿Horrible crimen!

ALVARO. Muy horrible, ¿no es verdad?

VIVERO. Y ¿quién ha osado?....

ALVARO. Lo ignoro.



Tampoco Perez sabrá....  
 VIVERO. ¡Ah! Si lo supiera....  
 ALVARO. ¿Y bien?  
 VIVERO. ¿Qué hariais?  
 VIVERO. ¿Lo dudais?  
 En el pecho del traidor  
 yo clavára este puñal.  
 ALVARO. Muy bien, Vivero; que sois  
 mi amigo en eso mostrais.  
 Tampoco sabreis, supongo,  
 cómo pudo penetrar  
 no hace mucho en este sitio....  
 VIVERO. ¿Quién, señor?  
 ALVARO. ¿Quién? Mi rival.  
 VIVERO. ¡Villena!  
 ALVARO. Villena, sí.  
 Tambien debéislo ignorar.  
 VIVERO. ¿Cómo he de saber?....  
 ALVARO. Ardiendo  
 en ira, quiso el audaz....  
 VIVERO. ¿Contra vuestra vida acaso?....  
 ALVARO. Sí, Vivero.  
 VIVERO. Y ¿quién salvar  
 os pudo?  
 ALVARO. Mi espada.  
 VIVERO. ¡Oh cielos!  
 ALVARO. ¿Os pesa?  
 VIVERO. ¿A mí? Me agraviais.  
 Mi afecto....  
 ALVARO. Sí, lo conozco:  
 es mucha vuestra lealtad.  
 VIVERO. Mis hechos todos la abonan.  
 ALVARO. ¿Quién de ella puede dudar?  
 Quereisme mucho.  
 VIVERO. Lo debo.  
 ALVARO. Me servís bien.  
 VIVERO. Es mi afan.  
 ALVARO. Detestais á los traidores.  
 VIVERO. Es obligacion.  
 ALVARO. Si dar  
 os mando castigo alguno....

VIVERO. Cumpliré como leal.  
 ALVARO. Pues ya podeis, buen Vivero,  
 vuestro celo despegar.  
 VIVERO. ¿Cómo?  
 ALVARO. Que aqui mismo, aqui,  
 hay quien me vende falaz.  
 VIVERO. ¿Será posible?  
 ALVARO. Conozco  
 al traidor.  
 VIVERO. ¡Cielos!.... Quizás  
 os han engañado.  
 ALVARO. No:  
 tengo pruebas.... ¿No es verdad  
 que es una infamia?  
 VIVERO. Sin duda.  
 ALVARO. ¡Un hombre que por mi mal,  
 para colmarle de bienes  
 saqué de la oscuridad!  
 ¡un ente vil que sin mi  
 hoy mendigára su pan,  
 y que á mi sombra ha subido  
 do osára apenas mirar!  
 ¡Ese me vende!.... ¿No es cierto  
 que asombra tanta maldad?  
 Pero....  
 VIVERO. Decid: ¿qué castigo  
 ALVARO. le diérais vos?  
 Yo....  
 VIVERO. ¿Temblais?  
 ALVARO. Sí.... de horror.  
 VIVERO. ¿Quién es el vil  
 ALVARO. sin duda acertá steisya?  
 VIVERO. ¿Yo?.... ¿Cómo?  
 ALVARO. ¿Quereis aún  
 que os muestre una prueba más?  
 VIVERO. No.... no....  
 ALVARO. Leed esta carta.  
 VIVERO. ¿Negareis esta señal?  
 VIVERO. ¡Oh Dios!  
 ALVARO. Mirad: ¿conoceis  
 la letra, la firma?.... Hablad.



hablad.... ¿Son vuestras?  
 VIVERO. ¡Señor!  
 ALVARO. Responded.... ¿Son vuestras?  
 VIVERO. ¡Ah!  
 (Vivero cae confundido á los pies de don Alvaro.)  
 ALVARO. ¡Traidor!.... ¿Con que mis favores  
 de esta manera pagais?  
 ¡Me abrazábais; y era solo  
 para clavarme un puñal!  
 ¡Como otro Bellido Dolfos  
 sabeis traiciones fraguar,  
 y al amigo, al bienhechor  
 vender con trama infernal!  
 Vive Dios, que aunque os hiciere  
 el corazon traspasar  
 con tantas heridas como  
 favores míos contais,  
 aun fuera poco el castigo;  
 que no es posible encontrar  
 suplicios, no, que se igualen  
 á tan negra iniquidad.  
 Pérfido, infame, no escondo  
 en tu pecho desleal  
 mi daga, porque no quiero  
 tan puro acero empañar.  
 Mas no por eso tu crimen  
 sin castigo quedará.  
 Uno tal te he de imponer  
 que á todos ha de espantar,  
 y mis alevos contrarios  
 al saberlo temblarán.  
 ¿Ves aquella torre, ves?  
 desde ella á pagarme vas  
 tu horrible traicion. Desde ella  
 precipitado....  
 VIVERO. ¡Piedad!  
 ALVARO. No, no hay piedad.... Al abismo  
 tu cuerpo vil bajará,  
 y partido en mil pedazos  
 le quiero allí contemplar.  
 Llevadle.

VIVERO. ¡Cielos! No.... no....  
 Vedme á vuestros pies.  
 ALVARO. Alzad.  
 VIVERO. Yo abrazo vuestras rodillas.  
 Perdon.  
 VIVERO. No.  
 ALVARO. Por la amistad  
 VIVERO. tan antigua.  
 ALVARO. Tú la has roto.  
 VIVERO. Por vuestra hija.  
 ALVARO. ¿Osarás  
 recordármela?... Llevadle,  
 VIVERO. llevadle.... Lo dije ya.  
 ALVARO. No.... por Dios.... no.  
 VIVERO. Obedeced.  
 ALVARO. Dejadme.... no.... no....  
 VIVERO. Marchad.  
 ALVARO. (Los criados de don Alvaro se apoderan de Vi-  
 vero: este abrazando las rodillas del condesta-  
 ble y suplicando, se resiste; pero al fin se lo  
 llevan á la fuerza.)

### ESCENA X.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA. ELVIRA.

ALVARO. Vé, traidor, vé: cual mereces,  
 infame, perecerás.  
 (Salen Destúñiga y Elvira.)  
 ELVIRA. Señor, ¿qué gritos?  
 DESTÚÑIGA. ¿Acaso  
 un nuevo atentado?  
 ELVIRA. Hablad:  
 ¿qué sucede?  
 ALVARO. Que á un traidor  
 he mandado castigar.  
 DESTÚÑIGA. ¿Quién es?  
 ELVIRA. Vivero.  
 ALVARO. ¡Vivero!  
 ALVARO. Hija mia, ¿lo creerás?



ELVIRA. El pérfido nos vendia.  
ALVARO. ¡Ah! No es posible.

Aquí estan  
las pruebas de su traición.  
Estas cartas.

ELVIRA. Mas quizá  
son fingidas.

ALVARO. No, que él mismo  
no las ha osado negar.  
Unido estaba el alevé  
á mi enemigo mortal,  
y en negras tramas ocultas  
mi ruina intentó fraguar.  
El es quien al de Villena,  
procuró la libertad:  
él quien antes le introdujo  
en este mismo lugar;  
y él es en fin, el que astuto,  
con su lenguaje falaz,  
del rey el antiguo afecto  
ha conseguido entibiar.  
DESTUÑIGA. Y ¿habeis dejado que vivo  
salga de aquí?

ALVARO. Si; mas va  
caminando do reciba  
el justo premio.—Mirad:  
vedle allí.... De aquella torre  
le van luego á despeñar.

*Aparecen Vivero, Rivadeneira y gentes de don Alvaro en lo alto de la torre. En este instante la luna sale de entre las nubes é ilumina todo el teatro.*

ELVIRA. ¡Ah! Señor, no: perdonadle;  
que es horroroso....

ALVARO. Jamás.

VIVERO. *(Desde la torre.)*  
Condestable, mi suplicio  
del tuyo causa será.

ALVARO. Muere, infame; y los traidores  
en tí escarmienten.

ELVIRA. ¡Piedad!

*(Elvira se arroja á los pies de su padre, el cual vuelve la cabeza y hace una seña. Rivadeneira y los suyos se apoderan de Vivero, y le arrojan de la torre abajo.)*

VIVERO. ¡Ay de mi!

ELVIRA. ¡Qué horror!

ALVARO. Cumplida,  
por fin, mi venganza está.—  
Venid ahora, hijos míos:  
venid, seguidme al altar.



---

## ACTO CUARTO.

---

El teatro representa un salon de palacio. Habrá una mesa con escribanía: al lado un magnífico sillón para el rey, y al rededor taburetes para los cortesanos. Candelabros con luces.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY. SANTILLANA. JUAN DE MENA. CASTRO Y OTROS  
CABALLEROS.

REY. Sentaos, señores; y en plática grata,  
los duros afanes del día olvidad:  
dejando de Marte la furia insensata,  
de amores y versos tan solo tratad;  
que amor á las almas dió el cielo piadoso,  
cual dulce consuelo de tanto dolor;  
y versos inspira que en canto armonioso  
la llama eternizan del fiel amador.

MEN. Mi musa de amores los dulces placeres,  
los blandos hechizos no suele cantar;  
que en vez de medrosas y flacas mugeres,  
á fuertes varones pretende ensalzar.  
En versos robustos, con trompa sonora,  
las lides relata mi altiva cancion;  
y así retratando los males que llora,  
les dicta á los reyes sublime leccion.

SAN. Yo fuerte en el campo, la espada blandiendo,  
procuro mostrarme cual noble adalid;  
mas luego sensible la lira tañendo,  
aquel de ser dejo que fuera en la lid.  
Postrado á las plantas de hermosa doncella,  
sus prendas celebro, pretendo su amor;  
y canto gozoso mis dichas con ella,

ó lloro en endechas su fiero rigor.  
REY. Amor dulces trovas, marques, os inspira:  
con gusto, sabéislo, las suelo escuchar:  
si nuevos cantares feliz vuestra lira  
en rimas sonoras hoy supo entonar,  
decidlos, os ruego.

SAN. De amor he querido  
en cántiga breve la voz definir;  
mas fue vana empresa: dichoso no he sido.

REY. ¿Tencísia?

SAN. Sí tengo.

REY. Pues quíerola oír.

SANT. (Lee.) Falaguero sois amor;  
Mas cómo seyendo así,  
Cuando os afincais en mí  
Causades tanto dolor?  
Que en suerte tan desigual,  
A mi fé,  
Si vos llame un bien non sé,  
O si un mal.

Vendados ojos habedes,  
E os mostrades buen flechero:  
¿Cómo, pues, ciego é certero  
Vos á un tiempo así seyedes?  
Será porque sin razon  
Doloridas,  
Non facen vuestras feridas  
Distincion.

Niño sois, mas poderoso,  
Seyendo tal vuestra alteza,  
Que á todos face igualeza,  
Al mezquino é al brioso.  
Ca todos á la cadena  
Bien ligados,  
Se quejan á vos cuitados  
De su pena.

E yo tambien sin ventura,  
En vos buscando placer,



Fallé solo padescer,  
 Cuita en lugar de folgura.  
 Non seyades de esa suerte  
 Tan esquivo:  
 El bien me dad por quien vivo,  
 O la muerte.

REY. Sentido es el verso: marqués, me habeis dado con esta lectura muy grato placer; mas solo el concepto paréceme errado.

SAN. Señor, ¿por qué causa?

REY. Que se halla á mi ver la culpa en el hombre del mal que padece.

¿Amor preferencia no quiere decir?

Mugerres diversas el mundo le ofrece:

¿por qué, pues, entre ellas no sabe elegir?

SAN. Amor preferencia decir quiere, es cierto; mas siempre no elije para ella en verdad; pues tiene el que elije voluntad advierto, y no hay en quien ama jamas voluntad.

REY. ¿Quién, pues, se la roba?

SAN. Cupido la quita.

REY. ¿Robársela puede si Dios se la dió?

SAN. Será que en tal caso quitarla permita.

REY. ¿Pues dióselo en vano?

SAN. Señor, eso no.

REY. Al dársela dijo que libre seria.

SAN. Voluntad sin eso no fuera jamas.

REY. ¿A un tiempo ser libre y esclavo podria?

SAN. Decir que no es dable será por demas.

REY. Pues bien, si el ser libre voluntad implica, y el serlo y no serlo decís que es error, que aquella subsiste mi argumento indica.

SAN. Fuerza es confesarlo: vencisteis, señor.

MEN. De ingenio su alteza do quiera hace alarde.

CAS. Castilla celebra su vasto saber.

REY. Ya basta, señores... Mas ¿cómo tan tarde el buen condestable se deja hora ver?

Tampoco Vivero se encuentra...

(Ruido dentro de gentes.)

¿Qué es esto?  
 ¿Qué ruido?...?

SAN. (Mirando hácia dentro.)

Gran golpe de gente....

Mirad.

REY.

El alma me dice que un caso funesto....

SAN. A verlo corramos.

REY.

Sí, pronto marchad.

(Al quererse marchar varios caballeros, sale Pacheco precipitadamente.)

## ESCENA II.

DICHOS. PACHECO.

REY. ¿Qué veo? ¡Don Juan Pacheco!

SANTILLANA. ¡Aqui Villena!

REY. ¿Qué audacia!

PACHECO. ¿Qué os asombra? Sí, yo soy: señor, vedme á vuestras plantas.

REY. Alzaos... ¿Qué me queréis?

PACHECO. Justicia.

REY. Y ¿á provocarla venís vos?

PACHECO. Sí, la provoqué cuando un crimen la reclamó.

REY. ¡Un crimen!

PACHECO. ¡Crimen horrible, que espanto el oírlo causa!

REY. ¿Cuál es!

PACHECO. Un criado vuestro de lealtad acrisolada,

un ministro que os siryiera por luengos años sin mancha,

Perez de Vivero, en fin....

¿Y bien?

PACHECO. De espirar acaba.

REY. ¡Ha muerto!

PACHECO. Sí, asesinado.

TODOS. ¡Asesinado!

REY. ¡Oh desgracia!

Y ¿quién ha sido?....

PACHECO. ¿Qué muerte!



;Horrible, atroz!... Recordarla  
no puedo sin que la sangre  
quede en mis venas helada.  
Desde una elevada torre  
le ha lanzado vil venganza,  
y en su espantosa caída  
el triste ha exhalado el alma.  
;Qué horror!

TODOS.

REY. No es posible, no.

PACHECO. ¿Quereis la prueba mas clara?  
Miradle.

*(Le lleva hácia la puerta por donde ha entrado,  
fuera de la cual se supone estar el cadáver de  
Vivero.)*

REY. ;Cielos! ;Él es!

;Su cadáver!... ;Ah! Me espanta  
esa vista... Es horrorosa.  
De mis ojos apartadla.

SANTILLANA. ;Oh maldad!

REY. ;Triste Vivero!

De vengarte doy palabra.

PACHECO. ¿La cumplireis?

REY. Sí, lo juro.

Pero decid: ¿quién osára....

PACHECO. ¿Quién ha de ser? El que todo  
en Castilla lo avasalla:

el que usurpando atrevido

la autoridad soberana,

hora señor absoluto

de vuestros reinos se aclama:

el que envanecido y loco

con el poder que hoy alcanza,

las haciendas y las vidas

á su placer arrebató:

el condestable, señor.

REY. ;Don Alvaro! ;Infame trama!

Me engañais.

PACHECO. Señor, lo juro.

Cerca de su albergue estaba,  
cuando gritos espantosos  
del aire turban la calma.

Alzo los ojos, y al brillo  
de la luz que arroja escasa  
la luna que de entre negras  
nubes entonces se escapa,  
miro al infeliz Vivero  
que allá en las almenas altas  
entre bárbaros sayones  
desesperado batalla.

;Vanos esfuerzos! Los viles  
á su víctima levantan  
con fuertes brazos, y al hondo  
abismo airados le lanzan.  
;Ay! casi vino á caer  
el infeliz á mis plantas.

REY.

;Crimen atroz!... Mas no es cierto:  
no cabe, no, maldad tanta  
en don Alvaro.... ;Su amigo  
no era Vivero?... ;Qué causa?....

SANTILLANA.

No hay amistad en el pecho  
que la negra envidia abraza.

Vivero fiel os servia,  
para perderle eso basta.

;No habeis visto al condestable,  
en su funesta privanza,

de vos constante apartar

á cuantos justa la fama

por su lealtad y valor

entre los buenos ensalza?

;Hay un rico-hombre por dicha  
que su furor no probára?

;Cuántos en prisiones gimen!

;Cuántos dieron su garganta

á infame verdugo! y ;cuántos

en tierra estrangera vagan!

Pues ;cómo dudar podeis  
que á ese infeliz hoy matára?

PACHECO.

No hay duda: á jurarlo vuelvo.

yo presencié su desgracia;

y otros ciento á par conmigo

la presenciaron.... Reaiga

sobre el infame asesino



tanta sangre derramada.

¡Ah! Señor, ¿á qué aguardais?

Mil y mil victimas alzan  
hácia vos desde la tumba  
su voz pidiendo venganza.

¿Sereis sordo á sus clamores?

¿Podreis mas tiempo negarla?

¿O esperaréis para hacer  
justicia á que todos caigan,  
y de nosotros no quede

ni aun memoria?... Las miradas  
volved de nuevo, volved,

á ese infeliz... ¿Veis su infausta,  
su horrible suerte?... Pues bien,  
esa misma nos aguarda.

Asi nos vereis á todos,

á todos... ¡Oh negra infamia!

¡Oh torpe baldon!... Si está

nuestra muerte decretada,

aquí mismo en nuestros cuellos

caiga del verdugo el hacha,

Corra nuestra sangre toda,  
mas siendo vos quien lo manda.

REY.  
¡Ah! Callad; que con mil tiros  
me estais traspasando el alma.

PACHECO.  
Nobles somos, nuestras vidas  
queremos perder sin mancha;  
y si es preciso morir,  
muramos por el monarca.

¡Por el monarca! ¿qué digo?

¿Adónde en Castilla se halla?

¿Hay rey en Castilla? No,

no le hay.

REY.  
¡Marques!

PACHECO.  
Me arrebatá

el dolor... ¡Ah! Perdonadme:

un fiel vasallo es quien habla,

y acaso le hace atrevido

la lealtad que el pecho abrasa.

Monarca tiene Castilla,

es verdad, de eterna fama,

grande, noble, generoso,  
que todos por sabio ensalzan;

mas al amor de sus pueblos  
hoy un pérfido le arranca.

En vano os buscan, señor:

do quier sus pasos ataja

la mano osada y funesta

que de ellos constante os guarda.

Cual nube que oculta el sol

don Alvaro se adelanta,

y vuestros rayos divinos

de quien los contempla aparta.

¿Qué mucho que con envidia

haga guerra á quien le iguala,

si aun siendo vos su señor,

vuestras glorias soberanas

le ofenden, y al mismo trono

lleva atrevido su planta?

¿Os buscan? Solo á él se encuentra.

Él solo acude si os llaman.

Mandais, y nadie obedece

si él á la par no lo manda;

y mientras todo en el reino

su cólera lo anonada,

vuestras divinas bondades

á nadie, señor, alcanzan.

Para ser rey, la corona

ya solamente le falta;

y ¿quién sabe si ambicioso

se propone arrebatarla?

REY.  
¡Arrebatarla! Primero

su muerte....

PACHECO.  
Si aun mucho tarda,

no será tiempo.... Miradle,

miradle desde la infancia

unido á la suerte vuestra

como maléfica planta

que sembrára el mismo infierno

para ahogarnos con sus ramas.

Si libre vivir quereis,

necesitais arrancarla.



Señor, destruid al mónstruo  
que contino os amenaza:  
ved que si hoy no le matais,  
él os matará mañana.

REY. ¡Ah! Cesad.... No digais mas;  
que mil temores asaltan  
mi corazon, y.... Dejadme,  
salid.

PACHECO. Pero, señor....

REY. Basta.

Salid os digo.... Haré cuanto  
hoy mi dignidad reclama.

### ESCENA III.

EL REY, *solo*.

«Ved que si hoy no le matais,  
él os matará mañana.»  
Estas palabras aqui  
se me han quedado enclavadas,  
y siento que el corazon  
se estremece al recordarlas.  
¿Será cierto que el maestre?....  
No, no cabe tal infamia  
en quien tantos años dió  
de lealtad pruebas claras.  
¿De lealtad!.... Y ¿es leal  
el que en su ambicion insana  
un tiránico poder  
de su rey á espensas labra,  
y hace que brille el vasallo  
despareciendo el monarca?  
No lo es, no; que es traidor.  
¿Traidor!.... Y ¿por qué?.... Si hoy alza  
su frente tan orgullosa;  
si sus riquezas son tantas;  
si á par de su rey, en fin,  
mis reinos todos le acatan,  
¿quién lo quiso? ¿No eres tú,  
débil don Juan?.... ¿No arrojabas

ha poco sobre su frente  
con profusion insensata  
puestos, títulos, honores,  
como en los surcos que traza  
el rústico labrador  
los granos de trigo lanza?  
Pues ¿por qué al ver el coloso  
que tú formaste te espantas?  
¿Te asombras de su poder?  
¿Lo temes?.... ¿Alma apocada!  
Ese poder ¿no es el tuyo?  
¿No es tu sombra? ¿No reparas  
que si es para los demas  
mucho, para tí no es nada;  
y que esa torre orgullosa  
que tan alto se levanta,  
semejante á los castillos  
que forma el niño con cartas,  
solo á un leve soplo tuyo  
al punto se desbarata?  
Pues si eso sabes, ¿por qué?....  
¿Ah! Bien sé que es sombra vana;  
pero esa sombra ni un punto  
del lado mio se aparta.  
Diez lustros ha que me sigue,  
que me acosa, me avasalla,  
y sin poder resistirlo,  
tiemblo tan solo al mirarla;  
que para mi mal un genio  
fascinador la acompaña.  
Y qué, ¿siempre he de sufrir  
de un vasallo la arrogancia?  
¿Será que el rey obedezca  
mientras el súbdito manda?  
No: me es fuerza ya salir  
de esta esclavitud tan larga,  
tan vergonzosa.... Me ofende,  
me es insufrible, me causa.  
Mostremos por fin al mundo  
que sé obrar como monarca:  
fulmine el rayo mi mano,



y el privado infame caiga....

*(Toma una pluma.)*

¿Qué voy á hacer? ¿A mi amigo,  
mi compañero de infancia;  
al que de riesgos sin fin  
valeroso me salvára;  
al que sostuvo el decoro  
de mi trono en lides tantas!....

No, que fuera ingratitud;

*(Arroja la pluma.)*

no consiento en mí tal mancha.

Vive, vive, condestable....

Mas ¡ay! ¡qué recuerdo! ¡Oh rabia!

La sombra allí de Vivero  
se presenta destrozada,  
deshecho el rostro, sangriento,  
rotos los miembros.... Venganza....  
venganza pide.... ¡Infeliz!

Sí, la tendrás.... Juré darla:

lo cumpliré; que es justicia,  
no ingratitud.—Ola, guardias.

*(Sale un oficial de la guardia.)*

OFICIAL.

Señor.

REY.

¿Se encuentra Destúñiga  
ahí?

OFICIAL.

De llegar acaba.

REY.

Pues decidle que entre al punto.

*(Vase el oficial.)*

Vamos, valor.

*(Se sienta y escribe.)*

#### ESCENA IV.

EL REY. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA.

¿Qué me manda  
vuestra alteza?

REY.

En este pliego  
os doy órdenes: sin falta  
han de quedar esta noche,  
Destúñiga, ejecutadas;

ó de ellas responderá  
vuestra cabeza mañana.  
*(Le da un papel y vase.)*

#### ESCENA V.

DESTÚÑIGA, solo.

¡Oh cielos! ¿Qué será? ¿Por qué mi mano  
se estremece al tomar?... Como una losa  
pesa este pliego.... ¡Santo Dios!.... Parece  
que funesto ha de ser lo que me imponga.  
Airado el rey me habló, y en el semblante  
ví vagar del furor las negras sombras.  
Mas ¿para qué me canso? El pliego tengo,  
él me debe sacar de esta zozobra.

*(Lee.) «Don Alvaro Destúñiga, mi alguacil mayor:  
yo os mando que prendais el cuerpo á don Alvaro  
de Luna, maestro de Santiago, y si se defendiese,  
que le mateis.—Yo el rey.» (1)*

¿Qué es esto?... ¿Qué he leído?... ¿Será cierto?  
Sí.... no hay duda.... lo es.... ¡Orden odiosa!  
Y ¿á quién la dan?... ¡A mí!.... ¡Cuando mi suerte  
de unir acabo á la de Elvira ahora!  
Y ¡yo á su padre he de prender!... ¡Ah! Nunca  
fuera alevé traicion, fuera deshonor.  
Pero lo manda el rey: cual fiel vasallo  
obedecerle debo.... Y ¿qué me importa?  
Si aquí negra traicion sus redestiene,  
me ordena el cielo que leal la rompa,  
en trance tan fatal salvando á un tiempo  
la vida al uno, al otro la corona.  
Sí, corramos.... Es fuerza al condestable  
su peligro advertir antes que pongan  
obstáculo á su marcha.... Voy.... ¡Oh cielos!  
Él es.... No es tiempo ya.

(1) Histórico.



## ESCENA VI.

DESTUÑIGA. DON ALVARO.

- ALV.                                   ¿Por qué tan solas  
estas salas encuentro? ¿Cuál motivo  
puede hacer que de mí todos se escondan?  
Destuñiga, decid.
- DES.                                   Huid, maestro.
- ALV. ¡Huir!
- DES.                                   Huid, os digo.
- ALV.                                   ¿Yo?
- DES.                                   Ni un hora  
esteis en Burgos ya.
- ALV.                                   Mas ¿qué misterio?...
- DES. Si un punto os deteneis, temblad.
- ALV.                                   Me asombra  
ese lenguaje en vos.
- DES.                                   ¿No habeis oido?  
¿A qué aguardais? Huid.... Con fuga pronta  
de mí mismo os librad.
- ALV.                                   ¿De vos! ¿Acaso  
puedo temer de vos?
- DES.                                   Sí, mas que todas  
evitad mi presencia.
- ALV.                                   Ya me cansa....  
Explicaos por fin.
- DES.                                   ¿Ah! Que mi boca  
no acierta....
- ALV.                                   Hablad, hablad... De aqui no salgo  
si vos antes....
- DES.                                   Pues bien, vuestra persona  
me manda el rey prender.
- ALV.                                   ¿A mí?
- DES.                                   Hora mismo.
- ALV. ¡Ah! No es posible.... Delirais.
- DES.                                   Tan loca  
confianza desechad.... Ved este pliego.
- ALV. ¿Qué miro?... No.... Mi vista se equivoca.  
Leamos otra vez.... Sí.... sí.... no hay duda.

¡Cielos! ¿Con que es verdad?  
(Se deja caer abatido en un sillón.)

- DES.                                   Todos ignoran  
tan terrible mandato.... Yo tan solo....  
Marchad: para salvaros tiempo os sobra.  
No tardeis.
- ALV.                                   Rey don Juan, ¿es este el premio  
que á mi lealtad le das?... Servir con honra  
tantos años.... Salvar de mil peligros  
tu vida y libertad.... Cuando destrozan  
opuestos bandos tu infeliz imperio,  
afianzar tu poder con la victoria...  
¿Este vil galardón de tí merece?  
¿Oh fiera ingratitud!
- DES.                                   Negra, horrorosa.  
Ella rompe, señor, el vasallage  
que jurado le habeis.... Pues bien, conozea  
que su vano poder se hunde en el polvo  
si el brazo retirais en que se apoya.  
Teneis riquezas y castillos fuertes,  
y fieles servidores que os adoran,  
vasallos que por vos en noble lucha  
harán gustosos que su sangre corra....  
¿A qué aguardais? Marchad. Sin perder tiempo,  
de oscura noche aprovechad las sombras;  
juntad vuestros parciales; que las armas  
al nuevo sol relumbren vengadoras;  
y probad que esa espada irresistible,  
si á los reyes sirvió, tambien los doma.
- ALV. ¿Qué me osais proponer?
- DES.                                   Lo que aconseja  
vuestra fama..., el valor.... ¿En tal deshonra  
pudierais consentir?... El que su frente  
muestra cercada de esplendor y gloria,  
¿hora la humillará con torpe mengua  
al peso de cadena vergonzosa,  
ó morirá tal vez en vil cadalso,  
mientras triunfantes sus contrarios gozan?  
No.... Primero morir.... Muramos todos  
defendiendo una causa tan hermosa:  
muramos todos; y á lo menos quede



de tan notable hazaña la memoria.  
A las armas, señor; que quien os diera  
en Olmedo y Medina la victoria,  
de este nuevo peligro que os amaga,  
á salvo os sacará tambien ahora (1).

ALV. Destúñiga, callad.... Ved que atrevido  
ese language criminal me enoja.  
¡Yo traidor á mi rey! ¿Lo habeis pensado?  
¿Cómo, en qué tiempo de mi vida toda  
os he dado ocasion á que esa infamia  
creyérais vos de mí?... Cuando ya toca  
este anciano infeliz la tumba oscura  
tras luengos años de poder y de honra,  
¿comprar un resto de vivir podria  
con tan negro baldon, tan fea nota?  
Dios no permita que á mis hijos deje  
del que contra su rey las armas toma  
é infiel combate su pendon sagrado,  
la vil mancha que jamas se borra.  
Nunca.... Al rey, mi señor, todo lo debo:  
su querer es mi ley.... Si le acomoda,  
cual me pudo elevar, puede abatirme (2);  
y hallando siempre en mí sumision pronta,  
entrégome en sus manos; que tan solo  
esto hacer debe quien su ley adora.

DES. Ved que os perdeis, señor.

ALV. Mi honor lo gana.

DES. Y ¿si un cadalso?....

ALV. Vivirá mi gloria.

DES. ¿Quedareis sin venganza?

ALV. Harta venganza  
es con tan débil rey mi muerte sola.

DES. Vuestros contrarios triunfarán.

ALV. Bastante  
el polvo de mis pies besó su boca.

DES. ¿Por qué su ejemplo no imitais? Mil veces  
del fuero usando que el rico-hombre invoca,

(1) Histórico.

(2) Idem.

vióseles el pendon alzar osados  
que refrena el poder de la corona;  
y luchando....

ALV. Y ¿porque ellos son traidores,  
yo he de serlo tambien? No: la grande obra  
en que mi vida entera se empleára  
no verán que en mis manos se desploma.  
Nulo el régio poder y combatido,  
nafragaba sin fuerza entre las olas  
de un agitado mar: á sostenerlo  
acudí con mi mano vigorosa;  
y triunfante por mí, ya de sus ruinas  
alza la frente y el valor recobra.  
Si ingrato ese poder, á quien le diera  
su altiva robustez hora destroza,  
pues muestra en ello que mi fin logróse,  
su fallo venerar solo me toca.

DES. Pero....

ALV. No mas, Destúñiga: la orden  
me habeis mostrado ya: respetuosa  
mi boca besa tan sagrado signo.  
Tomad: vuestro deber cumplid ahora.

DES. ¡Ah! Que no puedo.

ALV. Obedeced.

DES. Mi padre  
miro, señor, en vos; y en horrorosa  
prision no os sumiré.

ALV. No es hijo mio  
quien traidor á su rey mi ira provoca.  
DES. Pues bien.... si lo quereis.... sea.

ALV. Mi espada  
es esta: yo os la entrego.

DES. Arma gloriosa,  
solo aceptarte de rodillas debo.

(Se arrodilla para recibir la espada.)

ALV. Hijo mio, guardadla si me inmolan.  
DES. ¡Noble herencia! Tal vez de tí servirme  
el mundo un dia me verá con honra.



## ESCENA VII.

DICHOS. PACHECO. CABALLEROS. GUARDIAS.

PAC. Yo os digo que Destúñiga nos vende.  
Venid: su infamia prevenir importa.  
Ved al de Luna allí.... Prendedle luego.

DES. Atrás.... nadie se acerque.

PAC. Traidor, ¿osas  
del rey así las órdenes sagradas  
alevoso infringir?

DES. No, te equivocas;  
que cumplidas están.... Mi prisionero  
es el maestro ya; mas su custodia  
á mí, tan solo á mí, su alteza fia:  
para dar cuenta de él conmigo sobra.  
Condestable, venid.—Paso, señores:  
del hombre grande respetad la gloria.  
*(Vase con don Alvaro abriéndose paso por entre  
los guardias.)*

## ACTO QUINTO.

El teatro representa una gran sala de la casa que sirve de prisión á don Alvaro. En el fondo una ancha ventana gótica que, abriéndose, deja ver la plaza de Valladolid. A la derecha del actor una puerta que conduce fuera del edificio. A la izquierda otras dos puertas: una en el fondo que supone guiar á las piezas interiores, y otra al proscenio que es la del cuarto de don Alvaro. Una mesa y encima un reloj de arena.

## ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO. MORALES.

*(Don Alvaro está sentado junto á la mesa, la cabeza reclinada en la mano, y durmiendo.)*

MORALES. ¡Oh cuán tranquilo reposa!  
¿Quién al verle no creyera  
que el dulce placer le espera  
en vez de suerte horrorosa?  
Porque ese, en tan triste suerte,  
su postrer sueño será;  
y en breve le seguirá  
¡ay! el sueño de la muerte.  
Allí el cadalso se eleva  
á su víctima esperando,  
y ya el pueblo allí gritando  
se goza en vista tan nueva.  
Ni aquel bárbaro gritar,  
ni aun el martilleo horrible,  
ese dormir apacible  
han conseguido turbar.  
Inalterable, sin miedo,



¡con qué pureza respira!  
¡Ah! ¡Qué respeto me inspira!  
Postrado á sus plantas quedo.

(Se arrodilla delante de don Alvaro y le besa la mano. Don Alvaro se despierta.)

ALVARO. ¿Quién es?... ¿Eres tú, hijo mio?  
¿Qué haces ahí?

MORALES. Contemplaba  
vuestro rostro y le adoraba.

ALVARO. ¡Ah! Deja ese desvarío.  
A Dios solo has de adorar.

MORALES. El que es de virtud modelo,  
su imágen muestra en el suelo.

ALVARO. Virtud no debes llamar  
á lo que estás viendo en mí:  
amarle es ser virtuoso;  
y siendo yo poderoso  
hartas veces le ofendí.  
Si él es fuerte, tambien sé  
que es bueno; y yo, por mi mal,  
aspirando á ser su igual,  
su bondad nunca imité.

MORALES. Pero ¿no es él quien os da  
esa calma, ese valor?

ALVARO. La muerte infunde temor  
á quien de ella incierto está;  
mas si se muestra segura,  
disípase el ruido vano,  
y á los ojos del cristiano  
no espanta, no, su figura (1).  
Pronto á recibirla estoy.

MORALES. Si puede ser admitida  
por vuestra vida mi vida,  
señor, gustoso la doy.

ALVARO. ¿Qué dices, necio? ¿No ves  
que el cambio no fuera igual?  
¡Tú en el albor matinal  
de la vida! ¡Yo, al revés,

(1) Histórico.

tronco viejo y carcomido  
que el tiempo ya destruyó,  
y que condenado ó no,  
mañana habrá perecido!

A tí dilatados dias  
de amor y esperanza llenos  
te quedan, dulces, serenos,  
entre glorias y alegrías:  
á mí un escaso vivir  
que atormentára el dolor,  
de cuyo fiero rigor  
solo el remedio es morir.

Bella flor, la patria en tí  
opimos frutos espera:  
yo terminé mi carrera:  
cuanto puedo ya le dí.

MORALES. Y ¿qué podré hacer por ella,  
señor, si pierdo mi guia?  
Porque solo en vos veía  
mi fiel modelo, mi estrella.  
Fijos los ojos en vos,  
vuestros hechos estudiaba:  
ser sombra vuestra anhelaba;  
esto le pedia á Dios.

ALVARO. Pídele solo, hijo mio,  
que en tí conserve esa llama  
que en santa virtud te inflama  
é infunde tan noble brio:  
entonces no quieras ser  
sino lo que te hizo el cielo;  
que de virtud el modelo  
en tí mismo podrás ver.  
Mas si mi recuerdo acaso  
de algo te puede servir,  
quiero dejarte al morir  
un don.

MORALES.  
ALVARO.

¡Un don!

Será escaso:  
no puede mas mi amistad;  
si tuve bienes sin cuento,  
hoy hasta mi enterramiento



deberé á la caridad.  
Este anillo.

MORALES.

Muchomas  
le aprecio que si me diera  
su trono el rey.

ALVARO.

Quando muera  
á don Juan le enseñarás;  
que él solo decirte puede  
la virtud que encierra en sí.

MORALES.

Siendo vuestro, para mí  
su valor á todo escede.

ALVARO.

Al darte el último adios  
tendraslo: guardarlo quiero  
hasta mi instante postrero.

MORALES.

¡Ah! Entonces... ¡Cielos!... ¡Las dos!

(*Dan las dos en un reloj de torre.*)

ALVARO.

¿Por qué te turba el sonido  
de esa campana?

MORALES.

Me advierte  
que solo hasta vuestra muerte  
falta un hora.

ALVARO.

Prevenido  
estoy: bien puede venir  
cuando quiera.

MORALES.

El rey mandó  
que al dar las tres el reló  
el verdugo os ha de herir.

ALVARO.

Aqui es ley su voluntad.  
Vuelve ese reloj de arena:  
contemplaré con serena  
vista cual la eternidad  
se va acercando... Está bien.  
Ahora algunos instantes  
déjame solo... Pero antes  
que marche al suplicio, ven.

(*Vase Morales.*)

## ESCENA II.

DON ALVARO, solo.

(*Mirando el reloj de arena.*)

Arena que sin sentir  
tan callada vas pasando,  
contigo veloz llevando  
mi fugitivo existir:  
lo que resta á mi vivir  
mido ya en tí con certeza;  
pues con bárbara presteza,  
á impulsos del hado insano,  
al caer tu último grano  
caerá tambien mi cabeza.

Caerá, cuando alzaba al cielo  
mas orgullosa mi frente,  
cuando con planta insolente  
pisaba el vencido suelo.  
A tanto remonté el vuelo  
en alas de la ambicion,  
que en tan alta elevacion  
cercano el sol me abrasára.  
¿Que la suerte me faltára  
sobrándome corazon!

¡Morir! ¿Qué importa la muerte  
cuando con gloria se alcanza,  
si viene en pos de una lanza  
vibrada por mano fuerte?  
Morir debí de esa suerte,  
que fuera honroso morir;  
¡mas esta infamia sufrir,  
yo que de grande blasono!  
¡Debiendo subir á un trono,  
á un vil cadalso subir!

Y qué, ¿el lustre de mi fama  
el cadalso empañará?  
No, que antes él brillará  
con la luz que ella derrama.  
Mas ennoblece que infama



al que es de virtud ejemplo;  
y si hora en él me contemplo,  
tal vez la posteridad,  
obrando con equidad,  
hará que se cambie en templo.

Porque en mis hombros robustos  
sostuve leal el trono,  
guardándolo en su abandono  
de contrarios mil injustos.  
Débil, sin gloria, entre sustos  
yo le di fuerza y quietud;  
y un día con rectitud  
la historia á los dos juzgando,  
mi lealtad ensalzando,  
culpará su ingratitude.

Mas lejos ya tal locura:  
grande fui, pequeño soy;  
y solo pensemos hoy  
en otra mayor ventura.  
Sí, que en la celeste altura,  
si alcanzarla merecí,  
grande seré como aquí;  
y esta grandeza falaz,  
si en el mundo es tan fugaz,  
pura, eterna será allí.

### ESCENA III.

DON ALVARO. EL REY. MORALES. *Luego* PACHECO.

(*Salen el rey y Morales con misterio por la última puerta de la izquierda. El rey estará embozado en una capa. Despues de dichos los primeros versos, Morales se marcha. Pacheco no sale hasta mediada ya esta escena, embozado tambien, y se retirará hácia el fondo, procurando no ser visto del rey y de don Alvaro, y observándolo todo.*)

MOR. Vedle allí.—Condestable.

ALV. ¿Quién?... ¡Fernando!

MOR. ¿No te dije?...  
Señor.... Hay quien os busca,  
y hablaros quiere.

ALV. ¿Dónde está?  
MOR. (Señalando al rey.) Miradle.

ALV. ¿Quién es?  
REY. Yo soy. (Desembozándose.)

ALV. ¡Señor!.... ¡Vos!  
REY. ¿Qué te asusta?

Don Alvaro, yo soy.  
ALV. ¡Mi rey!  
REY. Tu amigo.

ALV. ¡Mi amigo!  
REY. Sí.... lo soy.... Qué, ¿por ventura  
puedes dudarlo?

ALV. ¿Yo?... Ved do me encuentro,  
y luego responded.

REY. ¡Así me acusas!  
¡Ingrato! ¿Cuándo mi amistad sincera  
por tí se desmintió?... Si la ley dura  
que ata á los reyes al pesado yugo  
de agena voluntad, la muerte tuya  
me obligó á decretar, ¿piensas que quiero  
que esa sentencia bárbara se cumpla?  
No, que mis labios pronunciar anhelan  
ansiosos tu perdon; y mi ternura  
solo aguardaba que tu humilde ruego  
hoy llegára á mis pies.... En tristes dudas  
los momentos pasaban.... Cada ruido  
que en inquieta atencion mi oído escucha,  
de ese ruego ¡ay de mí! tan anhelado  
pienso que el grato portador me anuncia.  
¡Inútil esperar! La hora se acerca....  
Nadie parece.... La amistad me impulsa....  
Ya no puedo esperar.... Parto; y yo mismo  
soy quien vengo á rogarte en tal angustia.

ALV. ¿Qué escucho? ¿Aun me queréis?

REY. ¿Qué mayor prueba?  
ALV. Entonces sin pesar bajo á la tumba.  
No era el cadalso vil, no era la muerte,  
el mayor de los males que me abruma:



era vuestro furor: solo esta idea heria el corazon con flecha aguda.

REY. ¿Tan crüel me juzgabas, tan ingrato, que pudiste creerlo? ¿Tal injuria hacias á tu rey? ¿Pensaste acaso que yo firmara tu sentencia injusta, si á firmar tu perdon ya no estuviera tambien resuelto con la misma pluma? ¿Nada tu pecho te decia, nada?

¡Ah, que esa duda en tí no tiene excusa!

ALV. Os engañais, señor... Bien lo sabia: jamas vuestra clemencia puse en duda; y aun cuando en vuestro amor no confiara la prenda que aqui veis me la asegura.

*(Le enseña el anillo que recibió en el primer acto.)*

REY. ¿Mi anillo?

ALV. ¿Os acordais?

REY. Sí, bien me acuerdo.

Prenda de mi amistad que fiel te escuda contra mi saña atroz.... Pues si la tienes, ¿cómo á usar de ella, di, no te apresuras?

ALV. Y ¿á qué quiero un perdon que me condena á ser del vulgo vil desprecio y burla? Para el fuerte varon la vida acaba donde acaba el honor.

REY. Y ¿te figuras que lo has perdido?

ALV. Sí: sobre mi frente sentencia que mil crímenes me imputa grabada quedará.

REY. Borrarla puedo.

ALV. No devuelve la honra quien indulta. Decid: ese perdon tan ponderado, ¿veníslo á dar sin condicion ninguna?

REY. Que lo pidas no mas... Esto le debo á mi alta dignidad.

ALV. Quereis, en suma, mi humillacion, señor.

REY. ¿Quién humillarse ante su rey, don Alvaro, rehusa?

ALV. No lo rehuso yo. Mandad que al punto

con ese polvo que pisais confunda mi frente; así lo haré.... Mas no, no puedo aceptar de traidor la horrible culpa ¿Queréisme perdonar cual se perdona á delincuente vil que se apresura á trocar una muerte que le espanta por la infamia que imbécil no le turba? ¿No hay acaso mas bienes que la vida para hombres como yo?... Mirad la altura do subiera algun dia; esa grandeza, ese poder cuyo esplendor circunda mi pasado existir; bienes son esos á que solo muriendo se renuncia.

¿Me los devolvereis? No; que, cual vasos, de los reyes las miserias hechuras, pueden, cuando se rompen, reemplazarse, pero á su antiguo ser no vuelven nunca. Si no me es dado ser lo que antes fuera, ¿qué aguardo ahora de la suerte adusta? ¿A qué vivir, á qué? ¿A ser escarnio de aquellos mismos que en mejor fortuna miraba yo á mis pies? ¿A que esos nobles que logré sujetar á la coyunda, de su antigua opresion se venguen fieros, mi cuello atando con cadena dura? No, primero morir: quien tanto ha sido no penseis que á ser nada se reduzca; y á tal humillacion, á tal infamia, no encuentro mas refugio que la tumba.

REY. Húndete en ella, pues; y hunde contigo, ingrato, mi poder y mi ventura. ¡Ah! ¿Qué será de mí si me abandonas? ¿Do una mano hallaré que me conduzca del difícil reinar por la árdua senda, y el cetro tenga que mi mano abruma? ¿Dónde un amigo que en mi triste suerte valor, consuelo y esperanza infunda; cuyo pecho mis males compadezca, cuyo acento disipe su amargura? Contino allá con mi grandeza á solas, nadie habrá que mis tédios interrumpa;



ni donde vuelva los dolientes ojos,  
 quien á secar sus lágrimas acuda.  
 Buscaré de mi vida al compañero;  
 al que cual padre me arrulló en la cuna;  
 al que á domar un potro en la carrera  
 me enseñó y á blandir la asta robusta;  
 al que mas tarde en las sangrientas lides  
 á mi trono prestó su fuerte ayuda;  
 y no le encontraré.... Veré tan solo  
 su ensangrentada imágen furibunda,  
 en torno mio sin cesar vagando,  
 que de su muerte bárbara me acusa.

ALV. ¡Ah! ¿Qué decís?... Callad.... Cada palabra  
 abre en mi corazón llaga profunda;  
 y cuando he menester mas fortaleza,  
 no hagais ¡oh cielos! que el valor sucumba.  
 Harto lo sé.... Es verdad.... La muerte mia  
 funesta os debe ser.... Hoy se sepulta  
 en un mismo sepulcro á par conmigo  
 el régio honor de vuestra frente augusta,  
 y aun de los reyes de Castilla todos  
 se hunde tambien la mísera fortuna.  
 Al caer mi cabeza alzarán fieros  
 los turbulentos próceres la suya,  
 y con furia mayor, antiguas guerras  
 renovarán en crímenes fecundas.  
 ¡Ah! Ya los miro que ambiciosos corren,  
 y en revueltas sin fin á España turban,  
 y altivos nombran y deponen reyes,  
 y su alta dignidad torpes insultan,  
 y haciendo escarnio de corona y cetro,  
 en su eterno baldon el poder fundan.

REY. Pues si eso sabes, di, ¿por qué me dejas?  
 ¿por qué, insensato, tu perdón rehusas?

ALV. ¿Por qué rompisteis vos el fuerte apoyo  
 que os diera el cielo en su indulgencia suma?

REY. ¿No respiras aun?

ALV. Pero sin fuerza.

Quien descende cual yo de tanta altura  
 no vuelve á levantarse; ó bien del trono  
 sobre las ruinas su ambición le encumbra.

REY. ¿Qué es lo que osas decir?

ALV. Ya entre nosotros  
 ni confianza, ni amor puede haber nunca.  
 Yo temeré que renoveis la ofensa,  
 vos que yo trate de vengar la injuria.  
 Sin mi antiguo poder vivir no quiero:  
 teniéndolo, tal vez.... ¡Ah! Mucho ofusean  
 la ambición, el rencor.... Dejad que muera:  
 no espongaís mi lealtad á pruebas duras,  
 que es el morir el único servicio  
 que os puede ya prestar hoy el de Luna.  
 REY. Marcha, pues, á morir, pues tú lo quieres.  
 Como amigo cumplí: fuerza es que cumpla  
 ahora como rey. Vé, desdichado;  
 de mi triste mirar luego te oculta.

ALV. Adios, señor, adios.

REY. ¿Qué haces?... ¡D. Alvaro!

ALV. Señor.... ¿qué me mandais?

REY. ¿Tú lo preguntas?

¿Así te apartas de tu antiguo amigo?

ALV. No osaba....

REY. Ves mis lágrimas, y ¿dudas?

ALV. ¡Ah!.... Ya muero contento. *(Se abrazan.)*

REY. ¡Horrible suerte!

¡Triste afán del reinar!.... No.... mi ternura  
 no permite....

ALV. ¿Qué haceis?... Señor, calmaos:  
 considerad quien sois... No tiene excusa  
 esta flaqueza en vos.... Adios; y el cielo  
 en su bondad os colme de venturas.

*(Se arranca de los brazos del rey y vase precipitado.)*

#### ESCENA IV.

EL REY. PACHECO. ELVIRA. DESTÚÑIGA. MORALES.

*(El rey se deja caer asfido en un sillón.)*

REY. Y ¡he de perderle, Dios mio!  
 Mas ¿qué he de hacer si se obstina?



- PACHECO. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡Ya del susto salí!  
Mi pecho alegre respira.  
(*Salen Elvira, Destúniga y Morales.*)
- DESTÚNIGA. Entra, Elvira, ten valor.
- MORALES. Venid.
- ELVIRA. ¡Horrible entrevista!  
Me faltan las fuerzas.
- PACHECO. ¡Cielos!
- ELVIRA. ¡Elvira aquí!
- DESTÚNIGA. No te alijas....  
Ven.
- ELVIRA. (*Al rey creyendo que es don Alvaro.*)  
Padre.
- REY. ¿Quién es?
- ELVIRA. ¿Qué veo!  
¡El rey!
- DESTÚNIGA. ¡El rey!
- REY. ¡Dios! ¡Elvira!
- ELVIRA. ¡Esto solo me faltaba!  
¿Cómo resistir su vista?  
(*Se echa á los pies del rey.*)  
Señor, vedme á vuestros pies:  
piedad de una infeliz hija.  
Volvedme á mi padre, sí,  
volvédmele.... Mas....  
(*Se levanta aterrada, mirando á todas partes.*)
- REY. ¿Qué miras?
- ELVIRA. ¿Dónde está?... ¡Dios! ¡No le veo!  
¿Acaso ya la cuchilla  
del verdugo?...
- REY. No.... no temas.  
Allí está.... Vive tranquila....  
Hora se apartó de mí.
- ELVIRA. ¿Le habeis visto?
- REY. Sí, hija mia.
- ELVIRA. ¿Luego perdonado está?
- REY. ¡Perdonado!
- ELVIRA. ¿A qué vendria  
aquí su rey en tal hora  
sino á salvarle la vida?
- REY. Tienes razon: á eso vine.

- Yo su perdon le traia;  
mas él lo rehusa.
- ELVIRA. ¡Oh cielos!  
Y ¿qué importa? ¿Necesita  
vuestra bondad?....
- REY. Mi bondad,  
si á la clemencia me inclina,  
calla cuando mi decoro  
á ser severo me obliga.  
Para darle su perdon  
es fuerza que él me lo pida.
- ELVIRA. ¡Ah! Señor, piedad.... Miradme,  
yo abrazo vuestras rodillas.  
Si como fuerte varon  
teme mostrar cobardia,  
débil muger, hacer puedo  
lo que en él mengua seria.  
Ved mis lágrimas.... Tened  
compasion de mi desdicha.  
Si habeis venido á salvarle,  
cumplidlo.... mi padre viva:  
que nunca un rey brilla tanto  
como si clemente brilla.
- REY. Yo á par de ti lo deseo;  
mas si él se resiste.... Mira,  
acaso tú....
- ELVIRA. ¿Yo?
- REY. Tal vez  
tus lágrimas de él consigán  
lo que no pudo mi amor.  
Sí.... lo espero.
- ELVIRA. Una sortija  
lleva, don de mi amistad,  
en que su perdon estriba.  
Le he prometido firmarlo  
si sumiso me la envia.
- MORALES. ¡Ah! ¿Qué escucho? Si será....  
¿Tiene acaso vuestra cifra?
- REY. Sí tiene.
- MORALES. Ya sé cual es.
- REY. No es posible que resista



á tu afliccion, á tus ruegos.  
Si su obstinacion altiva  
logras al cabo vencer,  
tráeme ese anillo tú misma;  
y juro que al punto....

ELVIRA.

Sí,  
lo llevaré; pues, benigna,  
una voz aquí me dice  
que cederá su porfia.

REY.

Adios, pues.... En una estancia  
que de esta se halla vecina,  
y á que se va por allí,  
(Señala la puerta de izquierda al foro.)  
te espero.

ELVIRA.

El cielo os bendiga.

## ESCENA V.

ELVIRA. DESTUÑIGA. MORALES. PACHECO.

PACHECO. (*Aparte y siempre retirado sin que le vean.*)

¡Oh rabia!.... ¿Si lograrán?...  
Mas observemos.

MORALES.

Albricias.  
Vuestro padre está salvado.

ELVIRA.

¿Cómo?

MORALES.

La sortija es mia.

DESTUÑIGA.

¡Tuya!

MORALES.

Sí.... Me ha prometido  
dármela.

ELVIRA.

¿Es cierto?

PACHECO.

(*Aparte.*) ¡Oh desdicha!

MORALES.

Aquí mismo: habrá un instante.

ELVIRA.

Pues no tardes, corre, pídelas.

MORALES.

Voy.... Mas ¡oh cielos!... Ya llega  
la fúnebre comitiva.

ELVIRA.

¡Triste de mí!

MORALES.

No temais.

ELVIRA.

Quiero abrazar sus rodillas,  
rogarle....

MORALES.

No es necesario.

ELVIRA.

Que á lo menos me despidas.

MORALES.

¿Para qué, si va á salvarse?

Evitad mas bien su vista.

Dejadme obrar.... Apartaos.

ELVIRA.

En tí mi esperanza fia.

## ESCENA VI.

DICHOS. DON ALVARO. ALCALDES. ALGUACILES. SOLDADOS.  
CRIADOS DE DON ALVARO. DOS FRAILES. EL VERDUGO.

(*Habrán entrado primero dos alcaldes con alguaciles, los cuales, atravesando el teatro, pasan al cuarto de don Alvaro. Salen despues con este, y le acompañan dos frailes y sus criados que muestran mucha afliccion.*)

ALVARO.

¿Qué haceis, amigos, qué haceis?

Por Dios, reprimid el llanto....

Mas siento vuestro quebranto  
que el estado en que me veis.

¿A qué lamentar la suerte  
del que vivió poderoso,  
cuando es de un Dios bondadoso  
un nuevo favor tal muerte?

Llorárais, sí, con razon,  
si con golpe repentino  
tuviera fin mi destino

triunfando aún mi ambicion;  
mas pues me quiso humillar  
el cielo en mi hora postrera,  
será porque en su alta esfera  
nuevas glorias me va á dar.  
Alegre marchó á gozarlas;  
que eternas, puras serán,  
y allí no conseguirán  
ni traicion ni envidia ajarlas.

Adios.... Marchemos.—

(*Al verdugo, que se acerca á él llevando unas cuerdas en la mano.*)



- ¿Qué intentas?
- VERDUGO. Ataros, señor, las manos.
- ALVARO. No hagas tal, que es de villanos.  
¡A un noble tales afrentas!
- (*Desprende de su vestido una cinta y se la da al verdugo.*)
- Ata con esto... y te ruego  
mires si bien afilado  
está el puñal acerado  
porque me despaches luego (1).
- (*Morales se abre paso por entre los que rodean á don Alvaro, y se arroja á sus pies sollozando.*)
- MORALES. Señor...
- ALVARO. ¡Fernando!
- MORALES. A besar  
dadme vuestra mano.
- ALVARO. Sí....
- toma.... No llores así,  
que también me harás llorar.
- MORALES. ¡Ah! Contener no me es dado....
- ALVARO. Basta.... basta....
- MORALES. ¡Ay! ¿osaré  
recordaros?....
- ALVARO. Hijo, ¿qué?
- MORALES. Este anillo....
- ALVARO. Sí.... Ha llegado  
el fatal momento ya.  
Cumplir mi palabra quiero:  
toma este don postrimero  
que hacerte en mi mano está (2).
- (*Saca el anillo y se lo da. Morales lo toma: besa con entusiasmo la mano de don Alvaro; y alzándose lleno de alegría, corre á entregárselo á Elvira.*)
- MORALES. ¡Señor!.... ¡Qué felicidad!  
Lo que vale aun no sabeis.—  
(*A Elvira.*)  
Tomad.... presto.... no tardeis.

(1) Histórico.

(2) Idem.

- ELVIRA. ¡Oh cielos! ¡Alas me dad!
- (*Elvira echa á correr apresuradamente, llevando el anillo, por la puerta del foro izquierda. Pacheco que se habrá acercado confundido entre la gente, observándolo todo, muestra su despecho.*)
- PACHECO. ¡La esperanza ya perdí!....  
Mas ¡qué idea!.... Sí.... corramos.  
(*Vase precipitadamente.*)
- ALVARO. Adios, pues, amigos.... Vamos.  
Rogad al cielo por mí.
- (*Va desfilando todo el acompañamiento. Destuñiga y Morales quedan solos.*)
- ESCENA VII.
- DESTUÑIGA. MORALES.
- (*Después que ha salido todo el acompañamiento, se oye fuera el siguiente pregon.*)
- PREGON. Esta es la justicia que manda hacer el  
rey nuestro señor á este cruel tirano, usurpador  
de la corona real, y en pena de sus maldades,  
mándaule degollar por ello (1).
- MOR. ¡Ah! ¿Si habrá tiempo de que Elvira vuelva?
- DES. Pues cerca el rey está, tardar no puede.
- MOR. ¡Quién del séquito fúnebre los pasos  
pudiera detener!
- DES. Nada receles:  
aun se halla lejos el fatal instante.  
Un cuarto de hora falta, si no miente  
el reloj que aquí está.
- MOR. No, pues volvíle  
antes al dar las dos; y caer debe  
su última arena cuando allá en la torre  
con son tremendo la campana suene.
- PREGON. (*Dentro y mas lejos.*) Esta es la justi-  
cia que manda hacer el rey nuestro señor á este

(1) Histórico.



cruel tirano, usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades, mándale degollar por ello.

DES. Lejos suena el pregon.

(Se acerca á la ventana del fondo, y entreabriéndola, mira por ella. Morales mira tambien con inquietud por la puerta por donde debe volver Elvira.)

¡Ah!.... Ya se acercan al horrible cadalso.

MOR. ¡Y aun no viene!

DES. ¡Cielos!.... Llegaron ya.... Con paso firme la escalera fatal sube el maestre.

¡Qué valor!....

MOR. ¡Cuánto tarda!.... El rey acaso faltando á su palabra....

DES. Y ¿tú lo crees?

No puede ser, jamas.

MOR. Pero si Elvira....

Tiemblo... ¡Ah! respiro al fin. ¡Héla que vuelve!

#### ESCENA VIII Y ÚLTIMA.

DICHOS. ELVIRA, y luego PACHECO.

(Sale Elvira corriendo y llevando en la mano el pliego en que está el perdon de don Alvaro.)

ELV. Vedle.... vedle... aqui está.

DES. ¡Su perdon?... Vamos.

MOR. No hay tiempo que perder.

ELV. Corramos.

PAC. (Saliendo.) Tente.

ELV. ¡Villena!.... ¡Santo Dios!.... ¡Somos perdidos!

PAC. Es vano ese perdon.... tiempo no tienes para llevarlo.

ELV. ¿Cómo?

PAC. Oid.

(Suenan las tres del reloj de la torre.)

DES. ¡Oh rabia!

¡Las tres!

MOR. No puede ser.... Aun falta en este....

(Mirando el reloj de arena.)

DES. ¡Traidor!... Comprendo... Tú el reloj sin duda has osado avanzar.

PAC. Sí.... Ya vengueme.

DES. No lo creas.... Venid.... Desde esta reja todos gritemos que el suplicio cese.

ELV. Sí, sí.... ¡Perdon! ¡Perdon!.... Mirad... Teneos. (Destúniga y Morales corren á la ventana del fondo y la abren de par en par. Se ve una plaza, y el cadalso en que está ya don Alvaro degollado. Elvira corre hácia la ventana gritando y mostrando el perdon; pero al ver muerto á su padre, da un grito y cae desmayada en los brazos de Destúniga y Morales.)

DES. ¡Cielos!.... ¡No es tiempo ya!

ELV.

¡Jesus mil veces!



ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
10	1	bello	bella
id.	9	que por demas es hermosa.	que por demas es hermosa: } á todos inspira amor.
15	7	en arcado	enarcado
48	últ.	de Castilla los destinos,	de estos reinos losdestinos,
92	28	ruido	miedo



2.500

ERRATAS

Page	Line	Original	Correction
10	1	...	...
11	2	...	...
12	3	...	...
13	4	...	...
14	5	...	...



